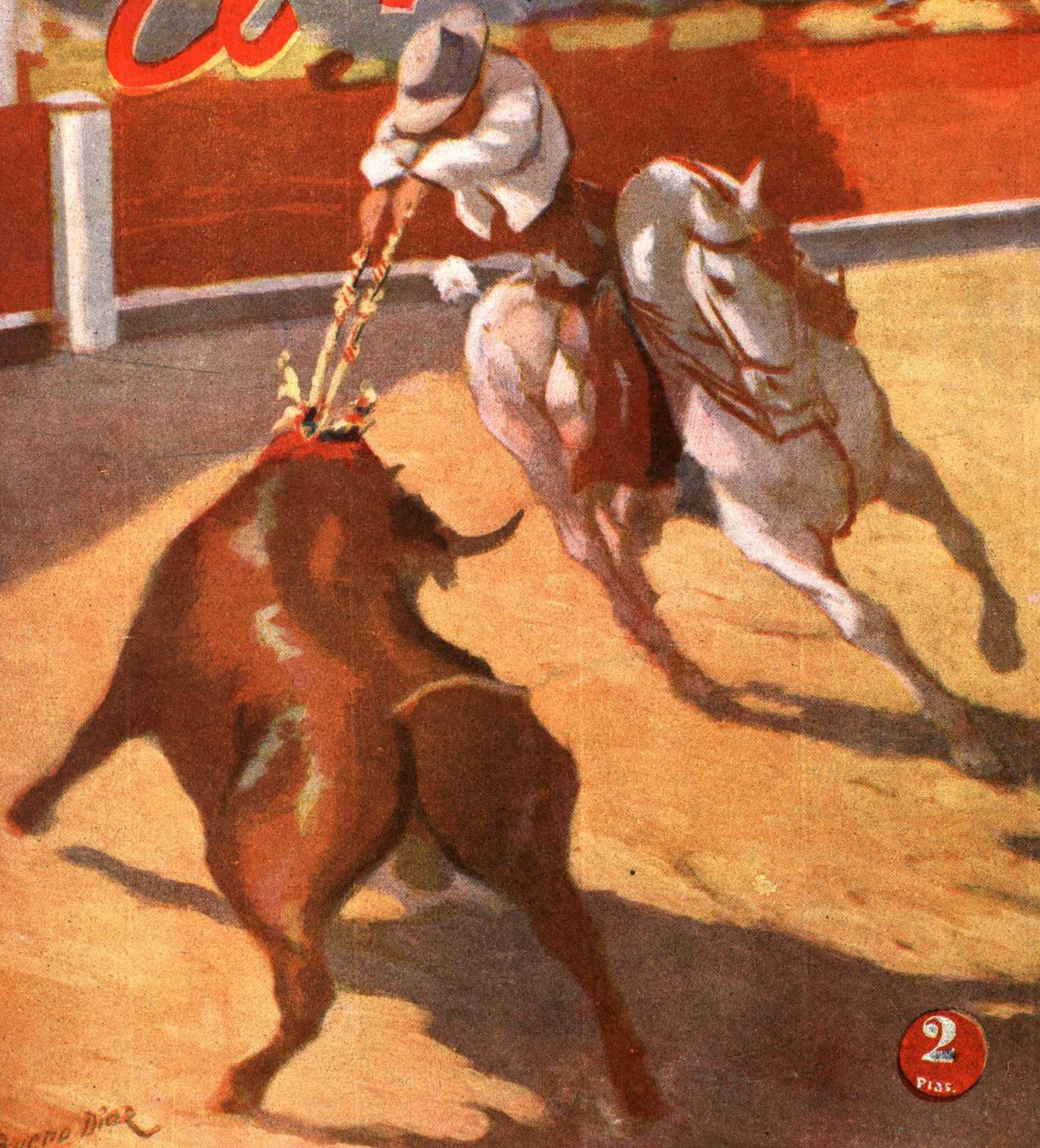
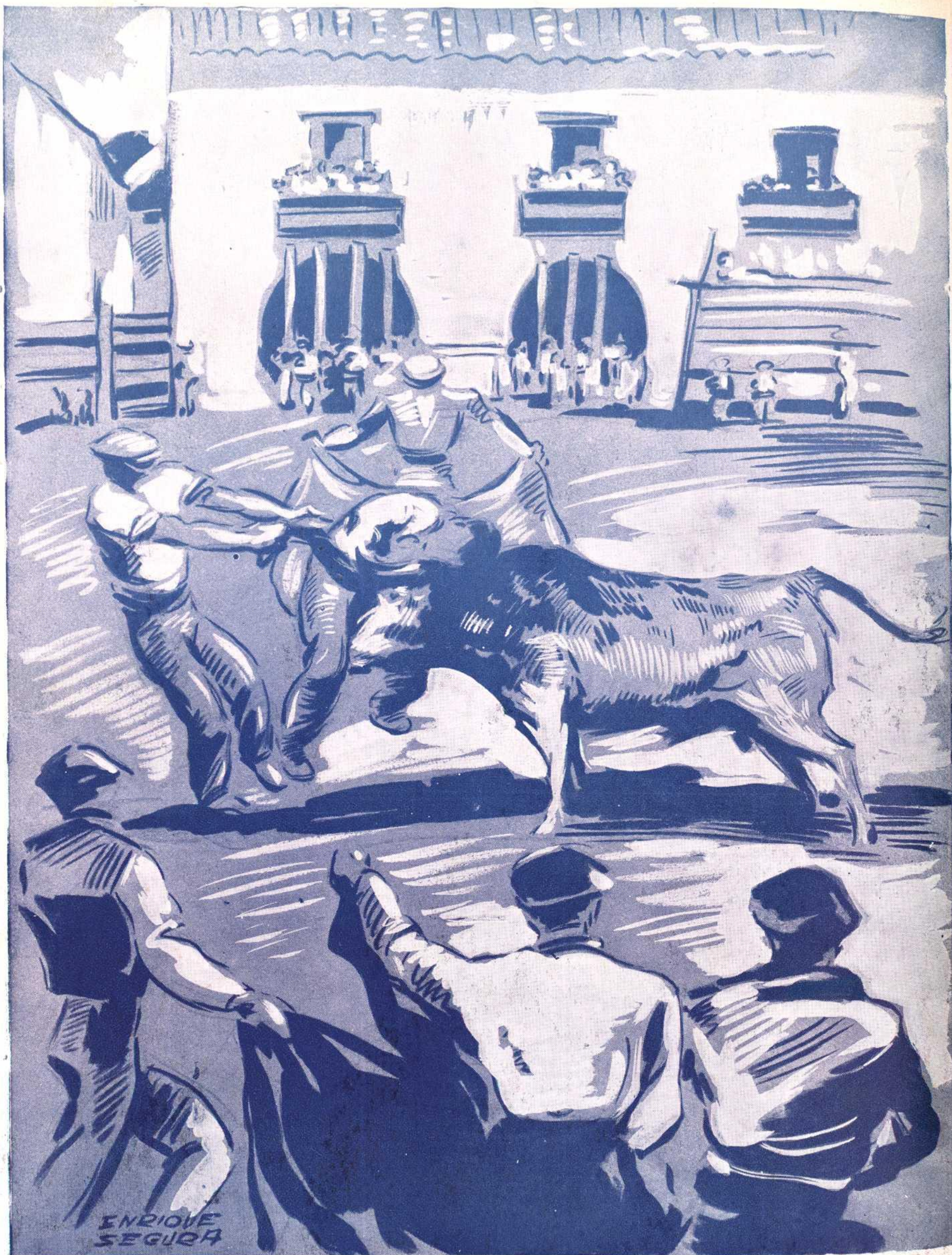


El Ruedo

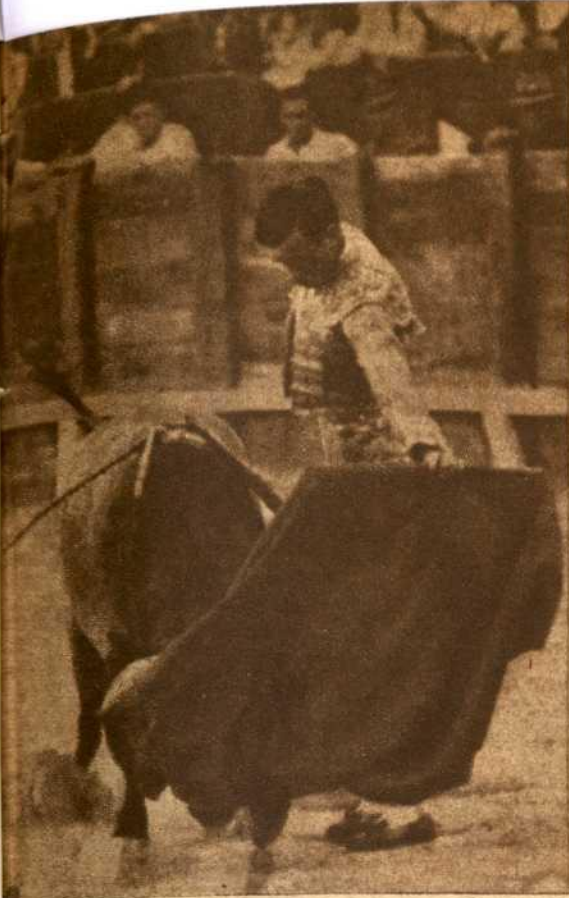


J. Bueno Diaz

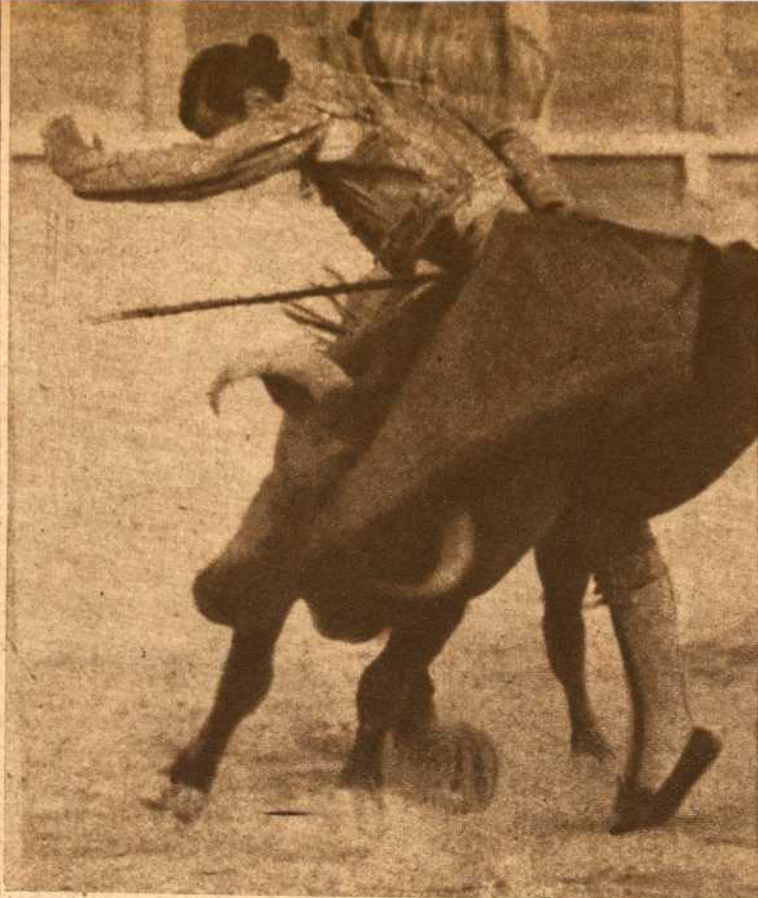
2
Pias.



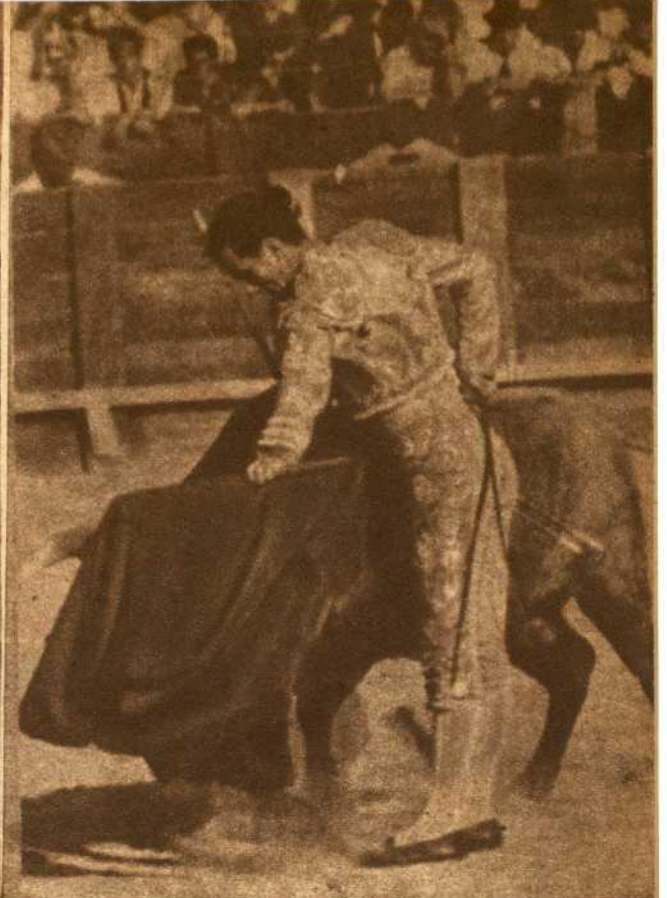
Una capea
Dibujo de Enrique Segura



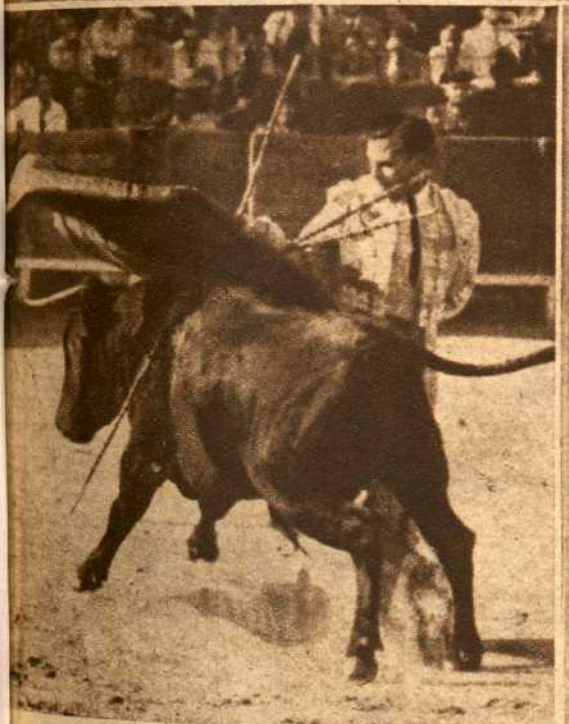
Arruza en un magnifico natural



Una arruena escalofriante del mejicano



Otro natural de Arruza, encima del toro



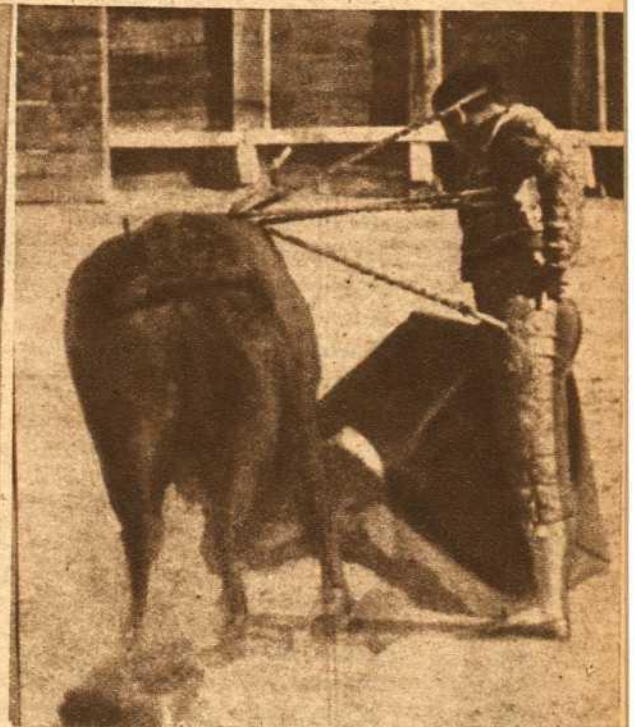
Ortega en una manoletina.—Abajo: el torero de Borox remata con media verónica un quite

EL MARTES, EN ARANJUEZ

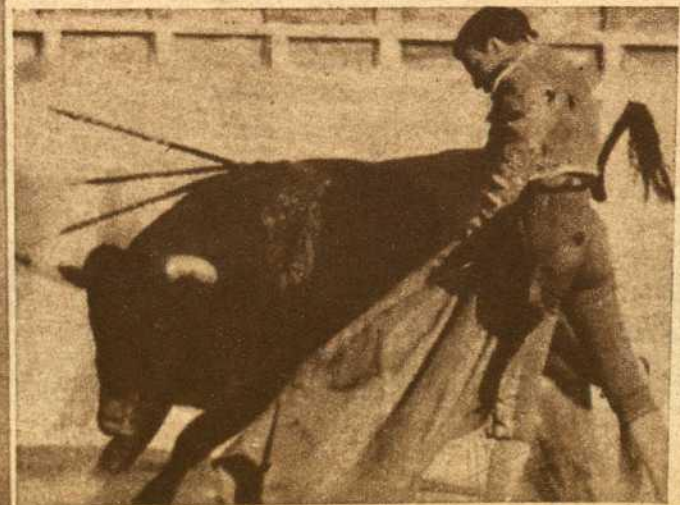
**TOROS DE FELIPE BARTOLOME
DOMINGO ORTEGA
PEPE LUIS VAZQUEZ
CARLOS ARRUZA**



Domingo Ortega inicia un pase de pecho.—Abajo: Pepe Luis en una media verónica al quitar en un toro



Un buen derechazo de Pepe Luis.—Abajo: Arruza da la vuelta al ruedo después de su ruidoso éxito (Reportaje gráfico de Baldomero)





ROMANCES DE LA TORERIA

MANOLETE

Para José González Marín, su creador escénico

En Córdoba fué la cosa.
En Córdoba fué.
Nació Manolete
¡y olé! ¡y olé!

¿Dónde estás Julio Romero,
que no vienes a pintarlo?
¿Dónde ya, Rafael Guerra,
para unirlo con tus manos?
¿Y tú, río de los toros
y de los toreros caros,
Guadalquivir de mi pena,
que recoges todo el llanto
de Despeñaperros, loco
de lirios y contrabando...?

En Córdoba fué la cosa.
En Córdoba fué.
Nació Manolete
¡y olé! ¡y olé!

Torero macho. Clavel.
Cuando está en el redondel
no hay nadie que haga lo que hace
con la muleta, Manuel.
Torero macho. Clavel.
Clavel de Sierra Morena...
¡Nadie como él!

¡Qué confusión peregrina
de ciudad y de cortijo!
¡Qué mezcla divina
de Séneca y Lagartijo!
Sólo lo bueno decir...
Siempre lo malo callar...
Prudencia para vivir...
Valor para torear...
Y rara vez sonreír,
pero sin exagerar...
Y viendo al toro venir,
los pies al suelo clavar...

Ojos de dormir sin sueño,
niño serio del secano...
¡mereces las alegrías
de mi huerto valenciano!

Puente del Turia,
cauce de tierra...
¡que pasa Manolete
pidiendo guerra!

Agua sin prisa.
dale al hombre de Córdoba
¡tu risa, risa!...

¡Ay, Torre del Homenaje,
con geranios en la falda!
¡Que se abra, por Manolete,
el castillo de Ripalda!

Todo en los toros
es ya tu esencia
y tu presencia
y tu potencia...
Manuel, Manuel, Manolete,
bajo el cielo de Valencia...

¿No hay guitarra que te cante?
¿No hay soleá que te nombre?
¿No hay son de palmas que diga
lo lento de tu capote...?

¿No te alegras, resaláo?
La ovación es para tí...
carita de disgustáo...
¿por qué te pones así?

¡Ay, Cristo de los faroles
bajo la luna de mayo!
¡Ay, mezquita de los moros!
¡Ay, viejo puente romano!
¡Ay, ciprés, rosál, sonrisa,
mantilla, sombrero ancho,
guayabera, voz, garrocha,
esquina, fuente, naranjo...!

En Córdoba fué la cosa...
¡En Córdoba fué!
Nació Manolete
¡y olé! ¡y olé!



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año 11 - Madrid, 6 de septiembre de 1945 - Núm. 63



EN ESTE NÚMERO:

ALTERNATIVA DE RAFAEL LLORENTE.—Manolete en el acto de hacer entrega al nuevo matador de toros Rafael Llorente de los trastos de matar en la Plaza de Barcelona

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DESEABA este momento, en el que se ha publicado el Régimen al que han de atenerse en lo sucesivo las relaciones artísticas y económicas de intercambio entre los artistas mejicanos y españoles de la profesión taurina —son palabras del acuerdo—, para poner un poco —un poco nada más— las cartas boca arriba. (No se me oculta que tendré detractores entre buenos aficionados a la fiesta, pero acaso esto mismo constituya el estímulo principal de mi pluma.)

Está caducando una temporada singularmente adversa para muchos diestros españoles —para casi todos—, porque las condiciones del acuerdo hispano-mejicano los dejaron en evidentes desamparo e inferioridad. Mientras allí se formaban un par de docenas de contratos para

repartir entre cuatro o cinco matadores, acá, uno tan solo, con no más valor ni más arte que muchos de nuestros diestros, tenía garantizadas veinte corridas, y otro, muy distante de nuestros ases, va a ganar, después de sembrar de generosos donativos la satisfecha tierra española, seis u ocho millones de pesetas. La verdad es, duela a quien duela, que la fiesta no precisaba de ninguno de los dos diestros ultramarinos, ni España de limosnas pagadas con dinero español perdido, al fin, por diestros españoles en cantidades fabulosas, ni siquiera compensadas con lo que pueda ganar Manolete y los demás que vayan en la próxima temporada allende los mares.

Inútilmente se pretende en el nuevo Convenio —publicado ahora con fecha 24 de julio— compensar el desarreglo, establecer la reciprocidad. No es cuestión de formalidades: haber tomado la alternativa en El Toreo, tener tantas corridas firmadas y los pasaportes en regla, no; es cuestión de toma y daca, sin más complicaciones: si allá torear tantos diestros, aquí otros tantos; si tantas corridas, aquí las mismas. Y nada más. Otra cosa es perder el tiempo y el dinero sin agregar nada al brillo de la fiesta, tan sobrada con sus autóctonos elementos, que no precisa inyecciones ni estímulos de parte alguna.

El auge del espectáculo taurino, con sus arrebatadas pasiones, venía marcándose tan claramente desde las confirmaciones de alternativa de Juanito Belmonte y Manolete en el año 39, que es estúpido y hasta malvado decir que aquél comenzó con la presentación de Arruza en Madrid a mediados de la temporada última. Hasta entonces todo iba como nadie se había atrevido a imaginar, y es, en cambio, entonces, precisamente, cuando se inicia una lamentable decadencia; una verdadera crisis del espectáculo que está culminando en esta catastrófica temporada.

Claro es que aun está en manos de los empresarios, si, como espero, vuelven por sus propios intereses y por su condición de buenos aficionados, acordarse, antes de firmar contratos a incógnitos y a conocidos fenómenos, que esta infausta temporada se quedaron sin vestir, o apenas se vistieron, de luces lo suficiente para entrenarse, diestros españoles que derrocharon su arte con tanta generosidad como su sangre.

Creo que se acordarán, y así lo espero con la confianza de muchísimos aficionados que me alientan en este afán de no ceder en ser los primeros, los mejores, los inventores, los creadores y recreadores de nuestra fiesta.

La corrida del domingo en MADRID



Novillos de Concha y Sierra para MORENITO DE TALAVERA, RICARDO BALDERAS, EDUARDO LICEAGA y MANUEL PEREA, BONI

LA SEMANA EN LAS VENTAS

Madrid tiene otro torero

Por **BARICO**



En nuestro comentario de la pasada semana dimos la opinión que nos merecía el mejicano Eduardo Liceaga. Seguimos creyendo lo mismo. Liceaga es un gran novillero. Nos gustó más en el primer novillo, un bicho de Concha y Sierra al que había que torear muy bien, que en el becerriño de Terrones, que como prometió muchas

veces a Liceaga. Este bicho era, si se le hubiera dado la lidia adecuada, para armar un alboroto; pero se le toreó inadecuadamente, y por ello no dió reposo al matador, que anduvo atropellado en muchos momentos, aunque en todos valiente. En el tercero, Liceaga convenció al público. Mereció la oreja. Sigue, pues, en alto el pabellón de Eduardo Liceaga.

Manolo Perea, que hizo su presentación, es, desde el domingo, novillero que interesa a los buenos aficionados. La seriedad del muchacho, alguno de sus muletazos y su decisión para volcarse en el morrillo a la hora de matar, hizo recordar a algunos la figura de Vicente Pastor. Y echaron las campanas a vuelo: «Madrid tiene otro torero». Los que no vimos a Vicente Pastor, no sabemos si la comparación es o no exacta. Parece que sí; que Manolo Perea es torero que puede llegar a ser ídolo de sus paisanos. Si tenemos en cuenta que la del domingo era la tercera novillada que lidaba en la temporada, y que en la misma toreaba Liceaga, triunfador en la del domingo día 26, hemos de calificar su presentación como de gran éxito. Ciertamente lidó el mejor novillo de la jornada —el octavo—, y cierto también que el tal novillo era el de más respeto de la corrida. Boni, que en el cuarto había toreado muy bien, lanceó al octavo al estilo clásico, con mucho sabor, y luego hizo una faena buena en conjunto y magnífica en muchas de sus partes. El nuevo novillero madrileño no echa mano de recursos fáciles para triunfar. Sabe bien cuáles son los muletazos fundamentales y cuál el toreo verdadero. Lo practica con arreglo a las más puras reglas. Conoce perfectamente el toreo clásico y sabe hasta dónde puede llegar en cada momento, porque, a lo que parece, se da cuenta pronto de las condiciones de cada res. Por añadidura, mata muy bien. La verdad es que mata como se mataba hace años, cuando la estocada era algo fundamental. ¿Será cierto que Madrid tiene otro torero? Parece que sí.

Ricardo Balderas sigue sin suerte en el primer ruedo del mundo. Nadie dirá que es un torero vulgar; pero lo cierto es que en Madrid todavía no hemos podido apreciar la calidad de su arte. Por culpa del ganado, del mal ganado, que ha tenido que lidiar. Morenito de Talavera Chico salió del paso decorosamente. No más que decorosamente.

El público gritó a un picador que no quitó la puya del morrillo al sonar los clarines que anunciaban el cambio de tercio. No la quitó porque el novillo seguía empujando. El público protestó entonces sin razón.



El mejicano Eduardo Liceaga después de cortar la oreja a su primer novillo



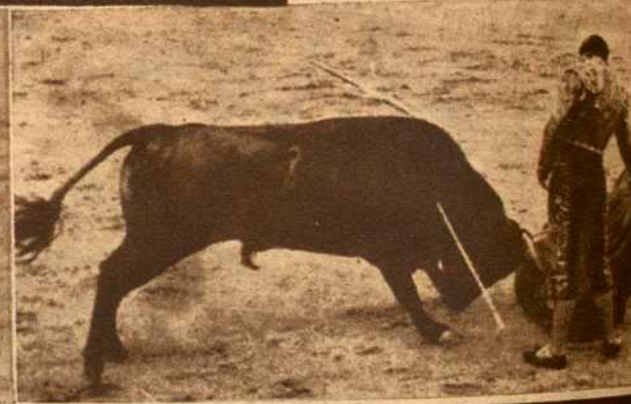
Liceaga en un templado muletazo al novillo de Terrones que sustituyó al de Concha y Sierra



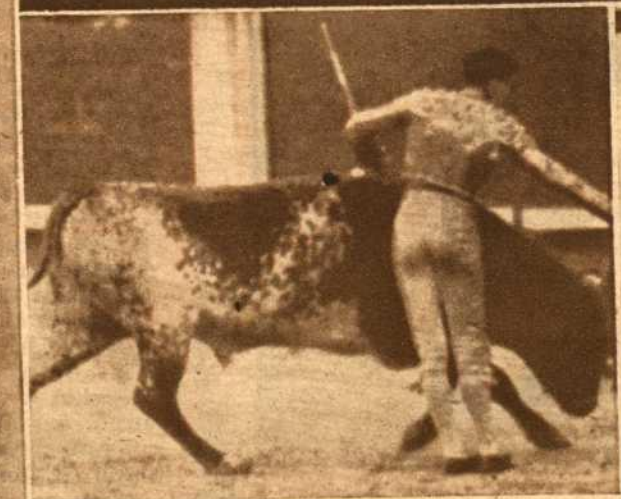
Un magnífico pase natural de Eduardo Liceaga a su segundo novillo



El Boni en un pase ayudado por alto, temple, dominio y arte, a su primer novillo



Manuel Perea, Boni, en un soberbio pase con la derecha



El mejicano Balderas toreando de muleta a su primer novillo



Morenito de Talavera Chico en un par de banderillas a su primer novillo

Después de la corrida

«Con mulos como los de esta tarde no hay forma de torear», dijo Morenito
 «La mansedumbre del ganado impidió una lidia normal», habló Balderas
 «Creo poder estar mucho mejor», afirmó Liceaga
 «El apodo que ostento me obliga a una constante recuperación», comentó El Boni

MORENITO de TALAVERA

M arribada al domicilio de Pedro de la Casa después de haber recorrido los de sus tres compañeros coincide con el cierre de los portales. Por fortuna, un ascensor en funcionamiento me libera del oneroso recorrido de un centenar de marmóreos peldaños.

Morenito Chico cree que los novillos de la Viuda no han sido ni mejores ni peores que los toros de la misma ganadería lidiados esta pasada primavera en Madrid por Cañitas y su hermano.

—Mi primero —añade— fue un cegato completo, gazapón, con tendencia a vencerse del izquierdo. El marrajo se quedaba en la suerte, y por este inconveniente de bulto, ni se le podía maudar ni había forma de correrle la muleta por los lomos. Y así, mis lances no pudieron tener el sabor de algo cuajado y perfecto. Algo parecido me ocurrió con mi segundo, de características parecidas a su hermano de vacada, con el inconveniente además de tener una cabeza rígida por las nubes, a la que no hubo manera de humillar.

Y como resumen, el hermano de Emiliano, con amargos tonos adujo:

—¿Cómo podrá esperarse que se formen buenos novilleros si, después de torear de higos a brevas, tenemos que enfrentarnos con mulos como los de esta tarde!...

BALDERAS

Pisándose los talones, hacen su aparición tres conocidos compatriotas de Ricardo: Jesús Guerra, ya restablecido de su última corrida, Toscano y Tacho Campos.

La charla, jóm' nol, versa sobre los enemigos pasaportados, no ha muchas horas, por el mej cano.

—Por la mansedumbre evidenciada —dice Balderas— no pude torearlos como es del agrado del respetable. Ante este imponderable, y como los toros no salían de su media arrancada, procuré aburrir al público lo menos posible, y a esperar que otra novillada, por su mejor estilo y franca embestida, me sirva de desquite.

LICEAGA

Su hermano David me hace la tertulia mientras Eduardo completa su aseo personal, antes de recluísar en el vagón de ferrocarril que ha de conducirlo a Priego, en cuya Plaza torea mañana lunes.

—¿Qué le parece la triunfal actuación de su hermano?

—Pues que armará verdaderos alborotos cuando logre centrarse con los toros, esto es, cuando haya torreado un cierto número de corridas.

—Creo haber oído que en Méjico tiene excelente cartel.

—Así es; hasta el punto de haber cobrado la no despreciable cantidad, para un novillero, de 20,000 pesos por matar seis novillos de Atlanga, excelente ganadería de Tlaxcala, la tarde de su despedida de la Plaza del Torero.

—¿Ha torreado mucho Eduardo?

—No mucho como novillero; pero está acostumbrado a andar por los ruedos. Esto le vino de salir de sobresaliente en muchas corridas en las que yo actuaba, y con uno o dos quites brillantes se ganaba la repetición. Así fué perdiéndoles respeto a los toros y asimilando lo bueno del repertorio de mis compañeros. No obstante, mi hermano llegó a España con un punto flaco en su bagaje artístico...

—¿... y es, si puede saberse?

—Las banderillas. Si; no se asombre usted. Eduardo venía banderilleando, pero con bastante desigualdad. A un par enorme sucedían otros menos acertados. Pero decidido él a subsanar este inconveniente, al venir a España se hizo construir un carretón y se ha pasado semanas enteras ejercitándose sin descanso. Y ya ha visto usted cómo lo ha hecho esta tarde.

—Mi charla con David Liceaga ha agotado el espacio reservado a su hermano. Pero antes de marcharme espero a que comparezca el héroe de la jornada para que, aunque sea en extracto, me dé su opinión. Y Liceaga, con modestia que huele a sincera, dice:

—Estoy verdaderamente encantado; pero aun creo poder estar mucho mejor.

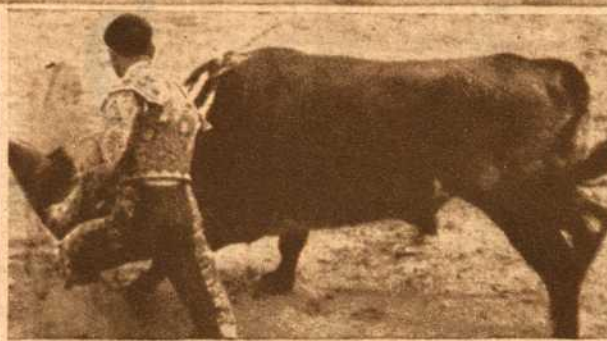
Y uno, al irse a la calle, piensa que, a lo mejor, logra el muchacho su propósito en la esperada novillada de los cobaleadas.

EL BONI

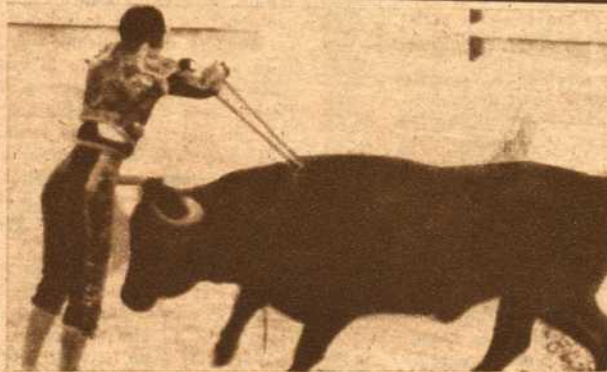
Bien se portó el hijo menor de Bonifacio Perea, tratándose de su debut en Madrid y de ser la tercera corrida que torea este año. Estuvo sereno, suelto, y en muchos momentos demostró depurado estilo. Manolo se lamentó de que la escasa fuerza de sus dos enemigos le impidieran un mayor lucimiento. Tuvo que torearlos con mimo para que no se cayeran más de la cuenta.

—Por llevar el apodo que llevo y ser madrileño, estoy en la obligación de demostrar a mis paisanos que sé hacer algo más que lo que hoy me dejaban hacer mis dos novillos!

F. MENDO



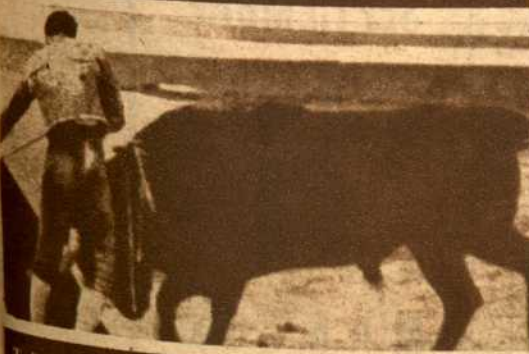
El Boni en un muletazo por bajo a su segundo novillo



Liceaga banderilleando al novillo del que cortó la oreja (Fots. Baldomero)



Balderas toreado de muleta a su primer novillo



Talavera Chico en uno de los momentos de su lidia a su segundo novillo

BANDERILLAS DE FUEGO

Por Alfredo MARQUERIE



Morenito de Talavera

un juego tremendo de sol y de sombra, de valor y miedo, de vida y de muerte.

«El oficial... por el orden en que se van a lidiar... ¿Qué solemnidad, qué rango y categoría, qué seriedad de rito da eso de llamar «oficial» al programa, con desdén de programitas de paisanos, espontáneos y particulares.

En el tendido vemos esas caras conocidas que no podemos identificar bien y que luego resultan ser nuestro camarero o nuestro pletiquero. Al día siguiente nos dicen muy satisfechos: «Ya le vil... La corrida, regularceja, ¿eh?... Y luego, confidencialmente, en voz baja, como justificándose de una localidad demasiado cara: «Me regaló el billete un amigo, ¿sabe?, fui de gañotes.



Eduardo Liceaga

Morenito de Talavera, a quien corneó toda la tarde el toro del viento, brindó al público y la montera, al caer, quedó de canto; ¡qué ejercicio tan difícil!

El capote de Orteguita es tan oportuno que a veces hace oficios de clavo.

Liceaga, que tiene nombre de médico (fijense qué bien suena: ¡doctor Liceaga, al teléfono!), fué el torero fino y valiente de otras voces y además nos dió un susto tremendo cuando una cornala le rasgó la seda grana de la taleguilla y el pedazo arrancado cayó como un cuajarón.

El Boni, siempre con cara de hombre enfadado, entre los cuernos, lento y sereno, jugó los brazos a la verónica en el último de la tarde como puede hacerlo en el aula un profesor de enseñanzas clásicas. ¡Qué tict

Reluce la Plaza al sol como una mezquita, y los brillos de sus remates metálicos parecen brillos de minarete. En la puesta de sol esperamos de un momento a otro que aparezca la silueta del almodano.

Los espectadores buscan sus localidades como jugando a la ruleta. Y de pronto se oye decir, por ejemplo: «¿El veintidós, ¿quién lo tiene?», como si el banquero quisiera pagar una apuesta. Los toros son, en efecto, una timba de enorme emoción, al aire libre,



Ricardo Balderas

Balderas es un torero, grande de tamaño, dominador y seguro. No tuvo suerte con el lote de lidiados, pero en todo momento pisó fuerte en la Plaza, con pisada maciza, de las que commueven los ciempios.

Hay caballos que al caer se quedan desinflados e inmóviles como muñecos de guignol sin mano dentro.



Manuel Perea

TOROS EN EL PUERTO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



DESDE los buenos tiempos de la afición las corridas de toros en El Puerto de Santa María se vistieron *trapitos de cristianar*. No añoro tiempos que no viví y que llegaron a mi conocimiento *por mano ajena*, aunque tan sabrosamente adobados que no me canso de gustarlos sin sentir empacho.

¿Quién de entre Jerez y Cádiz no conoció a Curro Villegas? Hombre cabal entre los cabales, generoso y apegado a las tradiciones de su patria chica como las *cañallas* a las rocas de la luminosa bahía gaditana.

Los días de corrida en El Puerto era su casa algo así como la sala capitular de la tauromaquia, donde se celebraban juntas, notables y notadas, entre sorbos de manzanilla y regalos de la mar, que quizá no fueron ajenas a la consideración e importancia que los matadores dieron, y siguen dando, a aquella Plaza que se llena de público procedente de los cuatro puntos cardinales de Andalucía la Baja; rosa de los vientos en bitácora de pinares y salinas, bajo el fanal del cielo más bonito del mundo!

Paco Villegas fue uno de los más inteligentes aficionados, y no era su opinión lo que más pesaba, sino aquella honrada imparcialidad que lo situó a la cabeza de los críticos taurinos sin pluma ni papel. Admiró a Lagartijo y a Frascuelo, al Espartero y al Guerra, a Fuentes y a Emilio Bomba, a Rafael el Gallo y a Bombita, a Joselito y a Belmonte... ¡Vaya usted a saber a quiénes consideraría hoy ases de la torería!

Fui amigo de Paco Villegas y recuerdo aquellas corridas de El Puerto, todavía llenas de color y rebosando garbo, cuando José y Juan reunían en la inmensa Plaza lo más granado de la afición andaluza.

Y vamos a la cosa: cierto soleado domingo de un pretérito septiembre, encontré en un ventorrillo de la Caleta malagueña a Paco Villegas copeando y *tapeando* en compañía de Tobalo León. Hicimos *cousa* con ellos, y paladeando la sabrosa cháchara y las mil cosillas que precedieron a la sopa de rape, empezó el sol a caer hacia la Sierra de Torremolinos con ganas de zambullirse tras un frescor violeta.

Camino de la ciudad, en aquel cochecito de Amaro Duarte, con el tronco de jacas castañas encendidas, que lo hacía parecer un cohete de charol y cobre, notamos cierta perezosa animación en derredor de la Plaza de Toros de la Malagueta.

—¿Cómo? ¡Hay corrida!—preguntó Villegas extrañándose.

A nosotros, malagueños, también nos sorprendió el discreto bullicio. Y a la hila de la sorpresa se emparejaba el chin-chán de una murga *bizcochera*, soplando el pasodoble de *Pan y Toros* al pie de la taquilla.

Refrenó Amaro a las puertas de la taberna de Juan Lara, frente al coso taurino, y el ex banderillero, amigo de todos y honrándonos personalmente en funciones de Ganímedes, nos dijo que se trataba de una cosa nueva y como de circo; pero que tenía gracia, según aseguraban los que lo vieron: del toreo bufo.

—¿Cómo?—preguntó Villegas, haciendo de la mano pabellón auricular.

—Bufo, Paco; grotesco... ¡Vaya! Torero en guasa, como si fueran payasos los toreros.

—¿Y eso qué es?

Sacamos unas delanteras de grada porque nos daba casi vergüenza sancionar *aque-llo* exhibiéndonos en vallas; más que a Amaro y a mí—pocos años y menos preocupaciones—, a Paco y a Tobalo, ya hechos y con categoría consagrada y respetada por trios y troyanos.

Pidió la llave una cupletista guapa y absurda, que caía a caballo como los reque-sones después del gazpacho; y... ¡la cuadrilla! Un hombrón de frac y chistera, un charlot y un zafio tipo, con hechuras de cargados de muelle, vestido de *botones*. Los tres se contoneaban ridiculizando la jácara torera, y detrás un tiro de mulillas para el arrastre. Algo, en fin, que casi entristecía.

Nos miramos extrañados, menos Curro Villegas, que sin pestañear se tragaba por los ojos aquella caricatura cruel de lo que tantos años mantuvo en la seriedad a su hombría de bien, como resumen y ejecutoria de sus gustos y aficiones.

Los tres utrerillos que saltaron al ruedo, de pocas carnes, vivarachos y mansurrones, dieron el juego apetecido por los verdugos, que fiaban el éxito de sus gracias en el escaso poder de los desmirriados toreros.

Y como sabéis de lo que trató, ¡para qué entrar en detalles!

Lo que comenzó indignándonos acabó haciéndonos reír. El hombre del frac torea-ba—como los ángeles— a media cuarta de los pitones, mirando al cielo. Charlot hizo de rodillas mil majaderías funambulescas, y el *botones*, que no desmerecía, acabó encendiendo un pitillo apoyado en el testuz de su torote como si fuese un velador del café.

Terminó el raro espectáculo desapareciendo los *espadas* tras las puertas del arrastradero, subidos en el último bichillo apuntillado, entre grotescos saludos de despedida. Al cuarto utrero—sin picarlo, ¡claro está!—lo despatchó *para el corral* un *menoro* del barrio de la Pelusa, con un buen terno verde y oro, hechuras y empaque de torero de verdad, pretensiones lagartijeras y miedo insuperable.

Con pocos comentarios, abandonamos el circo—¡bien le cuadró la palabra!—, y sin despegar los labios, serio y casi preocupado, Paco Villegas.

Ya en el Parque, no pudo contenerse ante las zumbas de Tobalo León, que aun reía los incidentes, y comentó con dejo de amargura:

—Mala cosa hemos visto, caballeros.

—¿Por qué mala cosa, Curro?

—Porque este toreo hará escuela. Si a los que hemos visto los visten de lucas, las *rietas* se vuelven ovaciones; *ná* más que con darle importancia a lo que hacen para que no parezca *payasá*... ¡Ese tío del futraque y la castora!

—Eso no será nunca; ni siquiera entre *mañás* aficionados.

—Eso será tan pronto los toros se dejen tomar el pelo, y camino de ello vanes.

Advertimos que la clarividencia de Paco Villegas se hizo patente cuando Joselito y Belmonte tenían bien alto el pabellón de la tauromaquia.

Ayer, en El Puerto de Santa María, me acordé del profeta. ¿Por la corrida? No... porque siempre que piso aquel rincón se me viene a la memoria.

Todo allí sigue igual: el vaporcito de Cádiz; el scaldillo de perro; el ventarrón en La Puntilla...

—Bueno, diréis; pero, ¿y la corrida?

Hombre: si le interesa mucho, aténgase a la crítica profesional y se evita quebraderos de cabeza.

—¿Pero usted qué dice?

—¿Yo? Lo que dice el crítico en el renglón del que cuelga su firma:

—Los toros, del *cañor Lachica*, manejables.

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

SEPTIEMBRE
5
MIERCOLES

Aunque Mariano Requena es popular por sus *sentensias* taurinas, siempre acompañadas de cordobesa, sugestiva y, por tanto, graciosa mímica, diré para los que no le conocen que su estribillo «en mis tiempos» no tiene nada que ver con su edad. En su *Club*, Guerrita le acariciaba cuando niño. Por tanto, los tiempos de Mariano comienzan poco antes de la muerte de José. Pero él presume de que son los del sucesor del califa Lagartijo. Yo, más que por respeto porque me agrada escuchar su gracejo... y las palabras del difunto Rafael Guerra, mejor que callado, le animo siempre a que hable de las cosas de su tiempo. Y hoy, desde EL RUEDO, voy a ilustrar a Requena sobre algo de lo que pasaba entonces y aun antes. Por ejemplo, allá por el año 1868—precisamente el 5 de septiembre—, Frascuelo, a quien se recuerda, entre otras cosas, porque tenía rayos en sus estoques,

dió a Girva, segundo de la tarde, seis pinchazos, dos estocadas cortas, una baja, un metisaca y, achuchado por el toro, dos veces se tiró de cabeza al callejón, al igual que Cayetano Sanz, cuando ambos alternaban con el Armilla, que «estuvo catastrófico».

Más adelante, el 14 de septiembre de 1914, un novillero al que siempre se tenía ganas de ver en Madrid, como ahora a Liceaga y al Andaluz, expiró en Cádiz, porque un buey de López Plata le hirió de una cornada mortal en el pecho, al intentar poner en suerte de varas a Almejito, primero de la tarde.

También en los tiempos de Mariano Requena salían a torear valientes que tenían poca o ninguna idea de lo que es el arte que pretenden practicar. Por eso murió trágicamente José Gallego y Mateo, como todos aquellos que usaron el alias de Pepete. José Gallego sabía que era carne de toro. Y también lo sabían los aficionados que con él asistieron al entierro de Antonio Montes. En aquella ocasión, Pepete III dijo: «Me miran porque van a venir al mío». El día 7 de septiembre de 1910, el toro Estudiante le atropelló al salir suelto de la tercera vara. Todo fue ni visto ni oído. Pepete III, ya con el color de los cirios, al ponerse en pie, gritó: «¡Cogedme, que me muero!» Y, efectivamente, aquella misma tarde, a las cinco y media, dejó de existir.

¿Que las «cosas» que suceden en estos tiempos no pasarían en aquellos? Mariano, estás equivocado. Pasaban éstas y aquéllas, que ahora sí que no se tolerarían. Porque, ¡miren ustedes que tomar seis veces la alternativa en tan sólo siete años! El gitano Paco de Oro—y me parece una exageración el alias—, que en Madrid la tomó, el 8 de septiembre de 1872, de manos de Cayetano Sanz con el toro Manquito, es el *recordman* de las alternativas, como lo es de las supersticiones, también de aquellos tiempos. Porque tropezarse con un tuerto, un muerto, romperse un espejo o ver que alguien daba la vuelta a una silla, era para Paco la superatómica.

En otro aspecto, críticos taurinos que apasionaron al público, como casi todos mis admirados compañeros de otros tiempos, los hubo siempre. Entre ellos, Carmena y Millán, fallecido el 9 de septiembre de 1904. Don Luis batalló siempre por el enaltecimiento de la fiesta nacional, y particular y apasionadamente en favor de Lagartijo, primero, y Guerrita, después. Por vapulear a «sus toreros» arremetió en un soneto contra un escritor rompe calzones, que después de apurar chatos y chatas, en la cama, sentado, y aun a gatas, «coge la pluma y tira de razones». Para dar directamente sus señas escribió «que en la calle vivió del Aguardiente... por más que, según dice mucha gente, se ha bebido la calle en que vivía».

Aunque no es ofensa, voy a disculparme por tenerle que decir a Mariano Requena algo que va a obligarle a llevarse las manos a su poco arropada cabeza. La ciencia, el oráculo, ¡el Guerra!, también se equivocaba en sus profecías. Una vez vió actuar a Saleri IV en San Sebastián y dijo: «Ya estarán contentos los madrileños. ¡Gracias a Dios que van a tener un torero!» Sin embargo, Juan Sal y López tuvo más de su segundo apellido que del primero. Hasta el punto de que, pasados los años, tuvo toda la razón aquel que escribió: «En fin, para conclusión: Aunque siempre buen torero fue Saleri el estanquero, nunca salió del montón».

Y aunque la belleza o fealdad masculina me dan de lado, más cara de palo que el picador Chato—nacido el 11 de septiembre de 1862—no ha nacido otro. Aquel era simpático, cosa que nunca está mal.

Porque era un barbián, llegó a mandarse hacer tarjetas, en las que, debajo del nombre y los apellidos, se decía: «El hombre más feo y de cara más rara de España y de América». A un compañero de pluma de aquellos tiempos que le preguntó en su periódico que de qué presumía, le contestó: «Tengo el orgullo de no haber encontrado nadie más feo que yo». Y que tenía gracia—como Mariano Requena la tiene—es indudable. Tanta gracia, que una vez llegó a Beziers (Francia), donde tenía que actuar con Mazzantini. Se metió en una barbería, poco antes de la corrida y, gesticulando explicó: «Musú. De aquí...» Quería afeitarse. La navaja resultó un serrucho, y el Chato resoplaba. El barbero francés, que creía que su cliente tenía calor o cansancio, le preguntó: «¿Fatigué, fatigué?», a lo que el picador contestó: «¿Qué fatigué, fatigué?... ¡Esollé, eo animal, esollé!»

SEPTIEMBRE
11
MARTES

LA MADRE DE LOS TOREROS

AGUSTINA ESCUDERO HEREDIA "LA ALBAICINA"



Agustina Escudero Heredia, paseando por las calles donostiarrias

ESTAN en el grupo, en la terraza del Choko, de San Sebastián, Agustina Escudero Heredia, «la Albaicina»; una sobrina suya y los banderilleros Posadero y Cadenas.

—Aquí estamos —dice «la Albaicina» con estos dos «payos».

Posadero, que ha llorado más de una vez escuchando la queja rimada del cante flamenco, quiere rechazar el calificativo, apuntando:

—Agustina, que yo tengo algo de calé...

—¿Qué más quisieras tú que tener una gotilla sola de sangre de Faraón!... ¿Porque eres torero?... ¡No! Gitano y torero es mi hijo, Rafael García Escudero, ¡el Albaicín!

—¿No ha habido más toreros en la familia?

—No. Ha habido «cantaores» y «bailaores». ¡Lo que pasa! ¡Ya sabe «osté» lo que pasa! Todos los gitanos tenemos «algo» de artistas.

—Y tú también... —dice Cadenas.

—¡Digo! Yo soy una figura internacional.

—Inmortal—interrumpe Posadero.

—¡Asina! ¡Malos mengues te «trajelen»! ¡Inmortal! Y póngalo «osté» con «toas» las letras. Yo he sido modelo de Benedito, de Sorolla, de Romero de Torres y de Zuloaga. El mejor cuadro de Zuloaga está en Nueva York. Y allí estoy yo vestida de torero. Y a Benedito le dieron la Medalla de Honor gracias a un cuadro en que yo estoy acunando a un niño en mis brazos. Ahí están,

"Yo soy una figura internacional"

"El Albaicín es el único calé que no tiene miedo ni es supersticioso"

«pa» los restos, en todos los museos del mundo, cuadros en que yo soy la modelo.

—¿Cómo fué hacerse torero su hijo?

—Miré «osté». De chiquitillo, yo le hice un capotillo de percal. Con él toreaba a todas las sillas y a los bancos de las estaciones.

Un día, Juanito Belmonte, don Juan, como le llamáis ustedes, y Sebastián Miranda, lo llevaron a un tentadero en El Escorial. ¡«Josú» y el hijo de mi «arma» como «gorvió»! Le habían dado las vacas un palizón que no le cabían más cardenales en el cuerpo.

Pero se conoce que no se asustó, porque Antoñito Conde se lo llevó luego a Salamanca, y en casa de Clairac y de Pérez Tabernero se lió a torear y se hizo ese gran torero que es hoy.

—¿Le ha visto usted torear?

—Nunca. No podría con el susto. Don Ignacio Zuloaga, que es su padrino y que le quiere mucho, me ha dicho que hago bien en no verle.

—¿Por qué?

—Digo yo que por saber don Ignacio lo valiente que es mi hijo. Ya ve usted que los gitanos tienen miedo muchas veces. Pues mi Rafa es el único torero «calé» que ni tiene miedo ni es supersticioso. Porque mire usted, ¡los gitanos...

Posadero la interrumpe con una broma confianzuda y cariñosa:

—Los gitanos lleváis unas tijeras...

—¡Cállate, «esaborio»...! Eso era antes. Ahora hemos «progresao». Ahora esquilan con máquina.

—¿No es supersticioso Rafael?—cortamos la vaya.

—No, señor. El que es muy supersticioso es su hermano, el otro hijo mío, el bailarín. Ya sabe usted quién es: Escudero, el mejor bailarín «der» mundo.

—Albaicín está casado, ¿verdad?

—Sí, señor. Casado y «mu» bien casado.

—¿Con una gitana?



La madre de Rafael Albaicín, ante un cartel de toros de la Feria de San Sebastián

—No, señor. Con una paya. Pero tan buena, tan buena, que parece «calé». Tienen dos hijos «mu» hermosos.

—¿Por qué sacó su hijo esos trajes de torear de tantos colorines?

—«Pa» que se los copiaran. Y ya se los han «copiao». Los dibuja él mismo. Porque mi hijo sabe pintar y tocar el piano y el violín, y cantar un poco de afición. Porque, como le decía antes, todos los gitanos tenemos «algo».

—¿Qué hace usted el día de la corrida?

—Cuando torea Rafa, rezar. «Toa» la tarde rezando hasta que llega el telegrama. Bueno; si «osté» tuviera un hijo torero, ya vería qué largas son esas horas esperando el telegrama... Además, mi hijo es «mu» valiente. El miedo lo tendrá dentro, si «osté» quiere; pero se lo guarda, y digo yo que eso es «er» ser valiente. Y como es valiente, no sabe lo que es una «juida», ni una «espantá»... Aunque «er» toro se le venga encima, él no se escapa.

Agustina, esta mujer que posó ante los grandes artistas, se sabe inmortal, encerrada en lienzos que decoran todos los museos del mundo. Pero hoy su orgullo materno le hace abdicar la soberbia de su majestad artística, cuando nos confiesa:

—Yo no soy ya Agustina, la modelo. Ahora soy, ¡la madre del Albaicín!... ¡Un torero, «señó»!...—A. R. A.



Agustina Escudero, con una sobrina y los banderilleros Cadenas y Posadero, en la terraza de un bar de San Sebastián

CARTEL DE BARCELONA



Manolete, en un ayudado por alto, la tarde del jueves en Barcelona



Rafael Llorente, muleteando con la izquierda, logra magníficos pases en el toro que cerró plaza y al que cortó la oreja



El diestro cordobés, en una manoletina muy ceñida, durante la faena a su primero



Manolete dando la vuelta al ruedo, después de su éxito en el segundo toro, al que cortó las orejas y el rabo



Con las dos rodillas en tierra, el mejicano Arruza logra un emocionante pase por alto



Otro de los momentos de las manoletinas que ejecutó y le valieron grandes ovaciones



Momento de la cogida de Rafael Llorente en su primero

Barcelona, 2. (De nuestro redactor Subirán.) El anuncio de la alternativa de Manuel Llorente, con Manolete de padrino y Arruza como testigo, fué recibido con natural alborozo. Y claro está, la Plaza se abarrotó. La expectación batió todas las marcas y las ilusiones de todos se vieron gratamente cumplimentadas: Llorente tuvo una alternativa lucidísima con ovación y vuelta en su primero, después de una aparatosa cogida de la cual sacó la taleguilla hecha unos zorros, cortando la oreja del que cerró plaza, pese a no estar afortunado con la tizona. A esto añadan ustedes que Manolete cortó orejas y rabo en su segundo, al igual que Arruza en el del mismo turno,

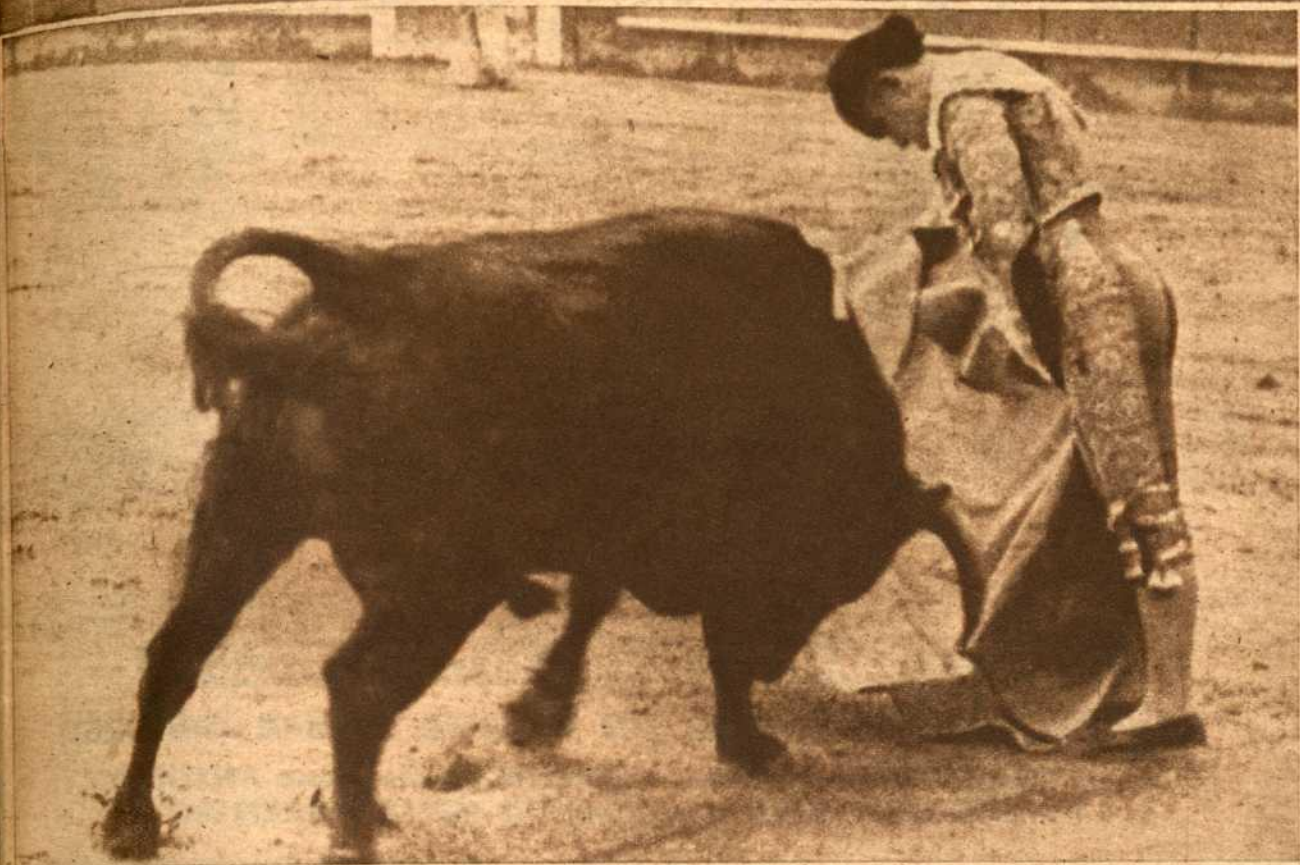
JUICIO



Aguantando hasta lo imposible la arrancada, Arruza coloca un par

ALTERNATIVA de RAFAEL LLORENTE

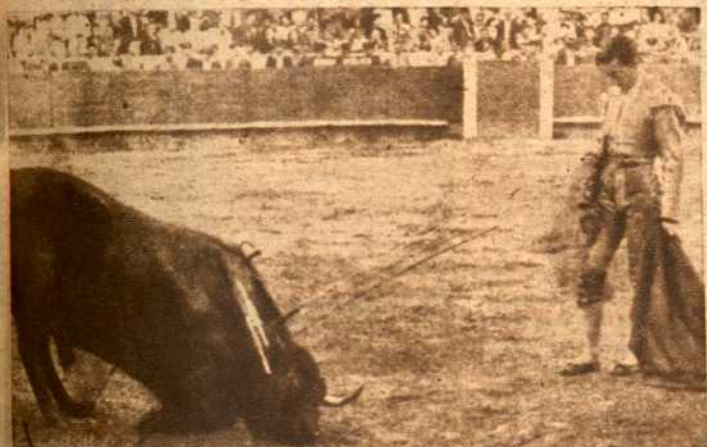
Toros de VILLAMARTA. Y MANOLETE y ARRUZA



En el toro de su alternativa, el nuevo doctorado tancea con quietud y templeado



Arruza, en el primero que lidió, toreando de frente por detrás



Manolete, viendo doblar a su segundo toro, al que toreó magistralmente



El nuevo matador de toros Rafael Llorente, con la oreja que cortó en Barcelona el día de su alternativa



El mejicano, que obtuvo un triunfo apoteósico, responde a las aclamaciones

CRITICO

dos de la Monumental!. Los Villamartas salieron con genio y bravura suficientes para el lucimiento de los tres matadores. Hubo corte de orejas por parte de los que componían el cartel, resultando de gran éxito la combinación preparada para dar la alternativa al

madriileño Rafael Llorente, Manolete, después de su larga inactividad, alcanzó un gran éxito, al igual que Arruza, completando el éxito de las dos grandes figuras el nuevo doctorado. Después de una larga espera de toros, la corrida del pasado jueves resultó lucidísima.



Un gran pase por alto de Manolete, en la corrida del jueves pasado (Fots. Valls)



Los tres matadores corresponden a la ovación del público cuando termina la corrida



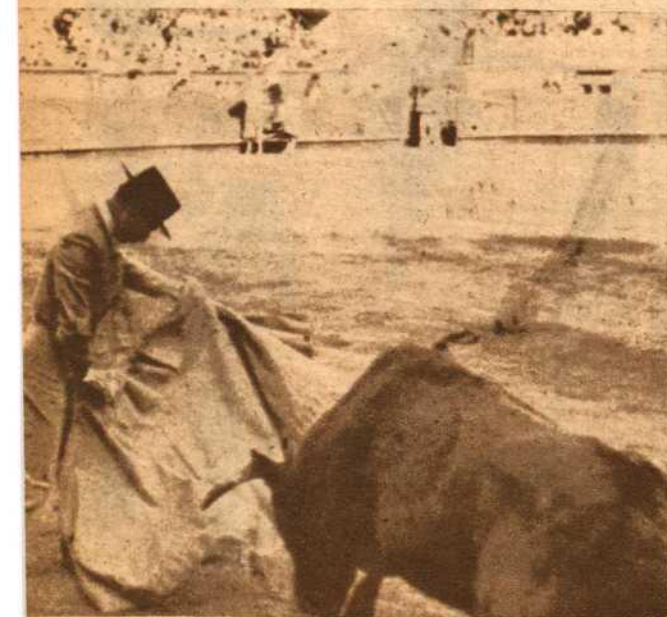
Arruza inicia la faena de muleta con u derechazos de castigo



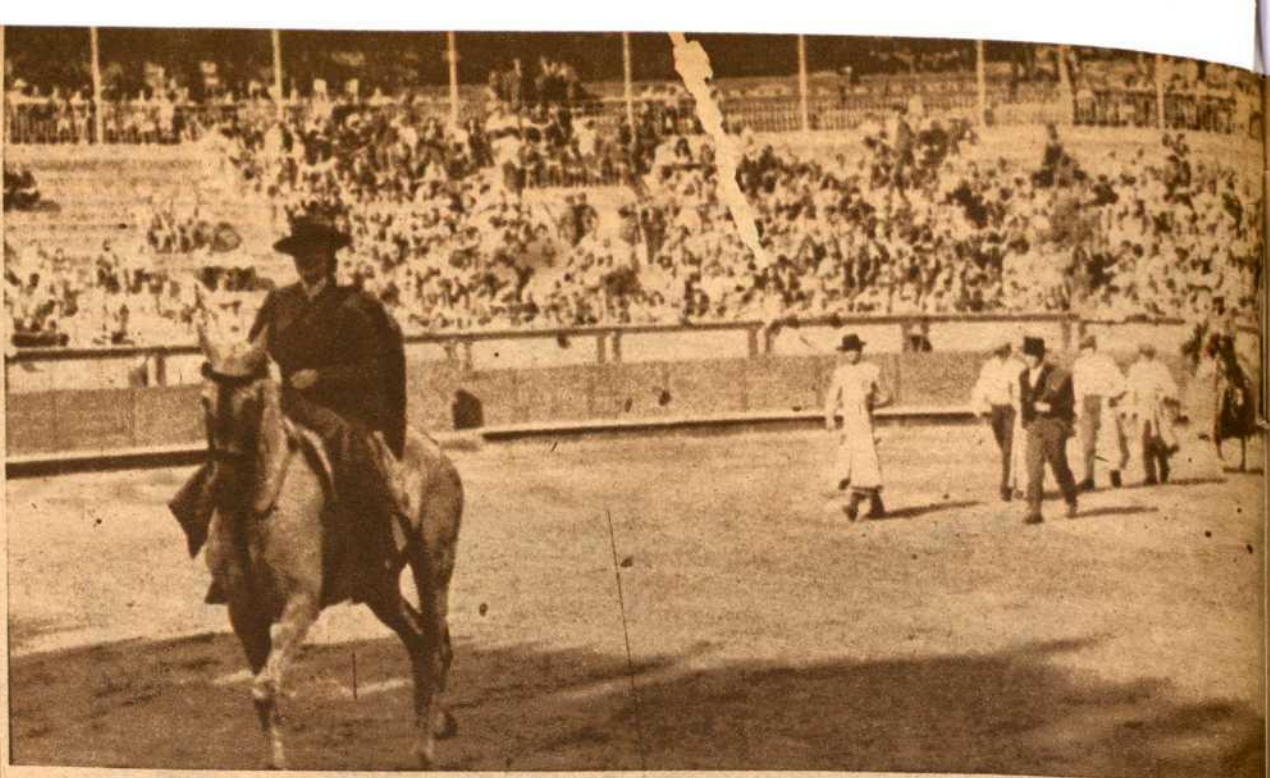
Fernando Pérez Tabernero, en un muletazo con la derecha



El mejicano Antonio Velázquez, toreando de frente por detrás



Rafael Albaicín toreando de capa a su novillo. Abajo: Juan Mari-Pérez Tabernero, en un buen lance de capa. (Fots. Marín)



Conchita Cintrón, al frente de las cuadrillas, hace el paseíllo, en el festival a beneficio de la Lucha Antituberculosa, celebrado en San Sebastián

A BENEFICIO DE LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

CONCHITA CINTRON torea pie a tierra en San Sebastián

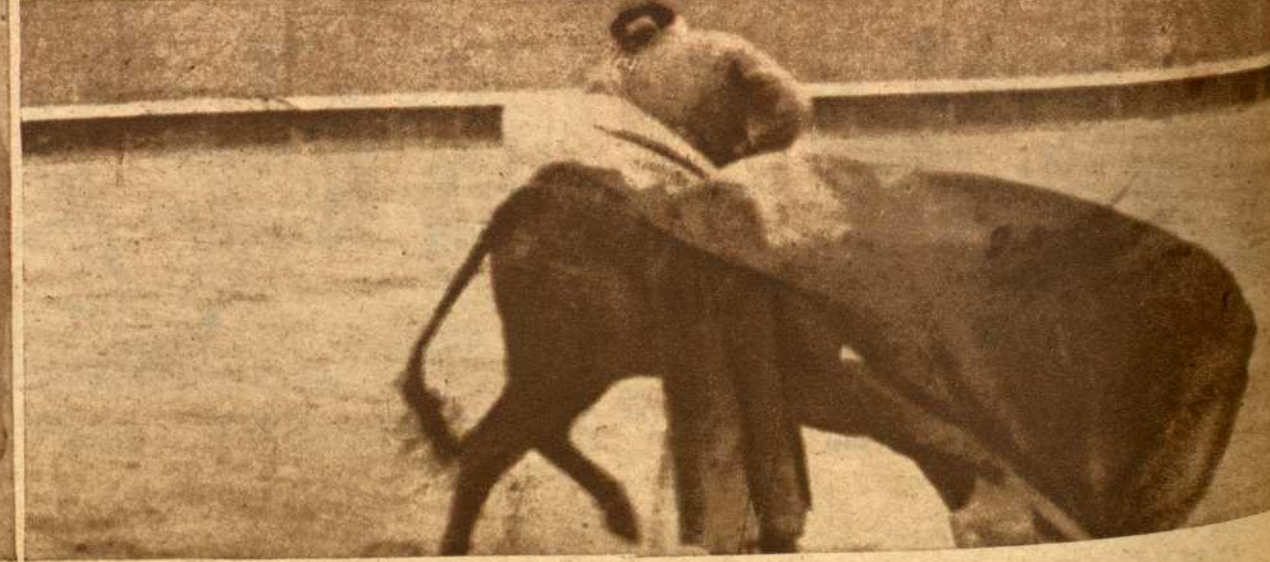
En el mismo festival actúan ALBAICIN, el mejicano ANTONIO VELAZQUEZ y JUAN y FERNANDO PEREZ TABERNERO



Conchita Cintrón tuvo una magnífica actuación, toreando a caballo y a pie. Para ella fueron las más fuertes ovaciones, además de concedérsele las dos orejas y el rabo de su segundo novillo. En las fotos, Conchita saluda al público, y un magnífico par de banderillas



En esta fotografía se ve el arte y la gracia de Conchita Cintrón al rematar un quite



Una corrida de toros en San Sebastián vista por los soldados universitarios americanos

Por Alfredo R. Antigüedad

EL domingo, en la Plaza de Toros de San Sebastián, treinta y cinco jefes, oficiales y soldados del Ejército americano asistían por vez primera a una corrida de toros.

Señales catrónicas de las Universidades de Pensilvania, Chicago y Nueva York, así como al grado de coronel. Y soldados que vieron cortados sus estudios por tener que incorporarse al Ejército de la victoria. Ahora, mientras la desmovilización se realiza y pueden regresar a sus aulas, realizan, en una Universidad instalada en Biarritz, los estudios que la guerra interrumpiera. Cinco mil universitarios soldados han americanizado, con su simpatía, juventud y corrección exquisita, la población francesa.

El domingo, ese grupo de americanos se asomó a San Sebastián. Ya ha quedado recogido en las gacetas diarias su asombro ante una España ordenada y laboriosa, moderna y urbana, tan distinta de aquella que se habían figurado.

—Esta comida de hoy —decían— creíamos no poder conocerla hasta nuestro regreso a América.

Pero a mí me interesaba, además, conocer las impresiones de los americanos ante la corrida de toros. Me instalo en el palco inmediato al que ocupan varios profesores. Estos tienden la vista sobre el gentío que llena la Plaza.

—Esto es un cuadro —me dicen señalando los tendidos, llenos de sol y de belleza femenina.

Luego piden una traducción del significado de la alegría bullanguera de la Plaza antes del momento solemne de abrirse los toriles. Aparecen los alguacillos, con la policromía de sus plumas en los sombreros. Se fijan en la rapilla negra y recuerdan una estampa: —¿Del tiempo de Felipe II? —preguntan.

El pasodoble marca, añoroso y gallardo, el paseo de los toreros, vestidos de oro y seda. Ya habían visto estampas, que confundían sus referencias.

—Mucha gente, en mi país —me dice—, se figura que algo parecido a esto es el traje nacional.

Y se ríe ampliamente, recordando la confusión.

Sale el toro. Espío en los gestos de los profesores una actitud. Todos permanecen inmutables, aun en el instante de llegar, en su arrancada, hasta el burladero, a un milímetro del doblador. El toro no les ha impresionado, aunque no apartan de él la mirada. Más tarde, avanzada ya la corrida, hacemos la pregunta:

—¿Qué les parece el toro?

—¡Oh! Es un animal muy bello, muy noble. Valiente y espiritual...

—¿Espiritual?...

El profesor, atento ahora a la suerte de banderillas, replica, con profundo convencimiento:

—Sí. Espiritual. Sin duda alguna.

—¿Cuál suerte les gusta más?

Y unánimes, responden:

—Esa de los caballos. ¡Qué valientes los jinetes y los toros!... Además, como los caballos llevan coraza, están bien defendidos.

—¿Cómo ven ustedes los toros? ¿Les parecen grandes o chicos?

Es una corrida de Sánchez Fabrés, de bonita lámina. Y responden:

—Están bien Mayores que los toreros.

Los diestros les brindan la muerte de sus primeros toros. Reciben el saludo en pie y se consideran ya un poco dominados por la lidia.

Cuando oyen las protestas y los gritos, preguntan:

—¿Por qué protestan?

—Es que el torero está medroso. Huye del toro.

—Sí..., sí... —replica un profesor—; eso parece

¿Pero qué debe hacer? Si no corre, le pillan...

—Es que el torero, como el soldado —le decimos—, no deba huir.

—Bien. Pero hay retiradas honrosas.

Algunos soldados americanos están en los tendidos. Asombrados al principio, confiados después, uno pide permiso para bajar al callejón, a fin de hacer foto gráficas. Se la concede, y apoyado en la barrera, no se mueve, ni muestra la menor inquietud.

Tras este soldado salta otro y luego otro y otros.

Hay una primera impresión de que espontáneos, con uniforme caqui, van a lanzarse al ruedo. Y poco faltó para ello. Los muchachos, en el callejón, estaban familiarizados con la fiesta.

Hay una faena magnífica, que hace estallar a la Plaza en una gran ovación. Los americanos, ganados por la belleza del momento, por la emoción de la enorme estocada, se funden con el popular anhelo.

Cuando los tendidos se cuajan de blanco pidiendo la cruz, estos graves profesores de las Universidades de América se levantan también, flameando frenéticamente el pañuelo.

Han quedado, para siempre, presos del encanto y la belleza de una corrida de toros.

—¿Cuándo hay otra corrida? —nos preguntan al despedirse.

Y otro de los profesores, midiendo desde el palco la distancia, señala a la barrera y nos dice:

—La próxima vez quiero verla desde esos asientos que tienen unas cuerdas como en el ring...

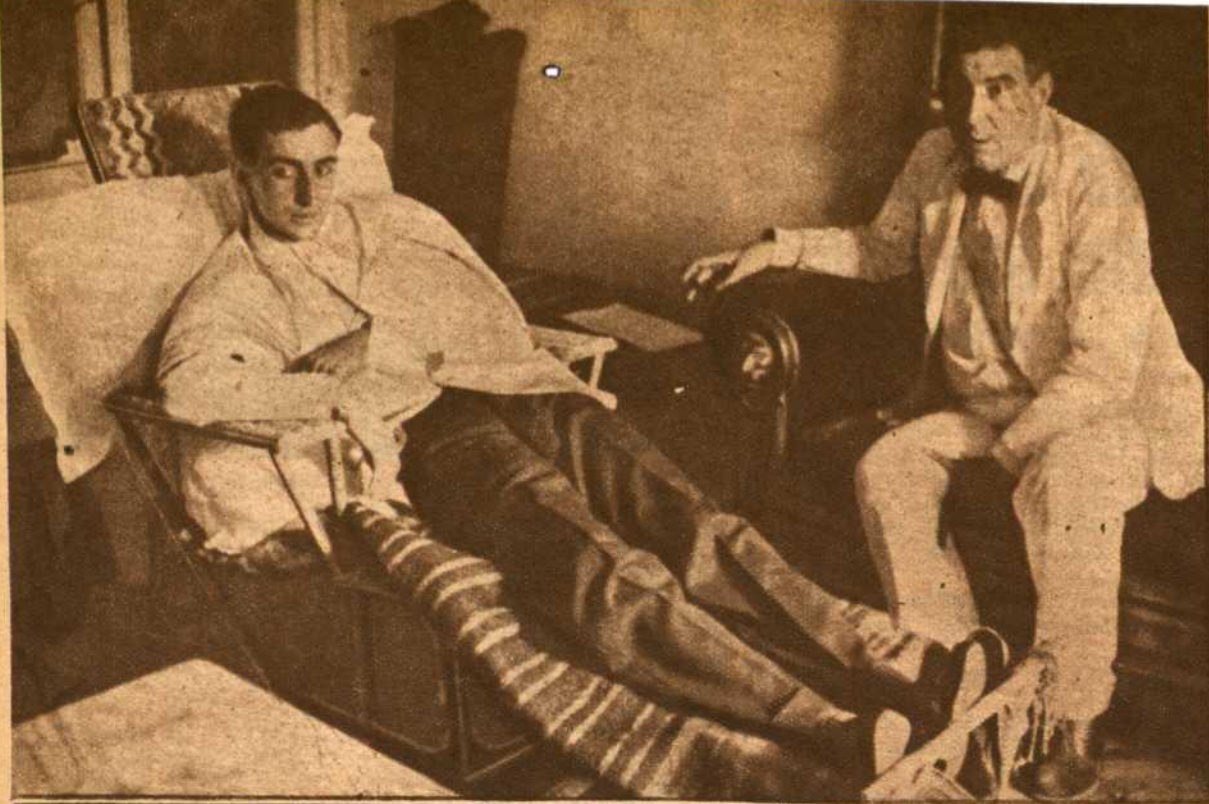


Los soldados americanos satisfacen su curiosidad examinando todos los detalles que intervienen en la fiesta, brillante, bulliciosa y fiera



Distintos momentos recogidos por la cámara de Marin en los que aparecen los soldados y profesores americanos, siempre pendientes del detalle que irá poco a poco satisfaciendo su curiosidad (Fots. Marin)





Joselito, convaleciente de la cogida que sufrió en una de las corridas de Barcelona, en su habitación del Hotel Oriente de la ciudad condal

JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA.- Por Felipe Sassone

viejo Calderón, no oyó, y adivinó oyéndolo para mejorarlo después, cómo toreaba aquel Antonio Montes que tenía manos de artista y cara de sacristán? Dejemos ésta sospecha por ahora. Lo cierto es que mejoró y renovó. Al principio, muy al principio, ni siquiera delante del toro parecía un torero, porque estaba siempre a merced de su enemigo. Al-

guien p u d o pensar que era sólo un muñeco vestido de luces, un autómat a rígido y brillante, al cual le faltaba la gracia del arte de birlibiriques, que para enaltecer a Joselito describió con singular agudeza la pluma caprichosa de José Bergamín. Pero la verdad es que estaba inventando de nuevo el toreo, otro toreo.

Por eso, no se parecía a nadie ni dentro del ruedo ni fuera de él.

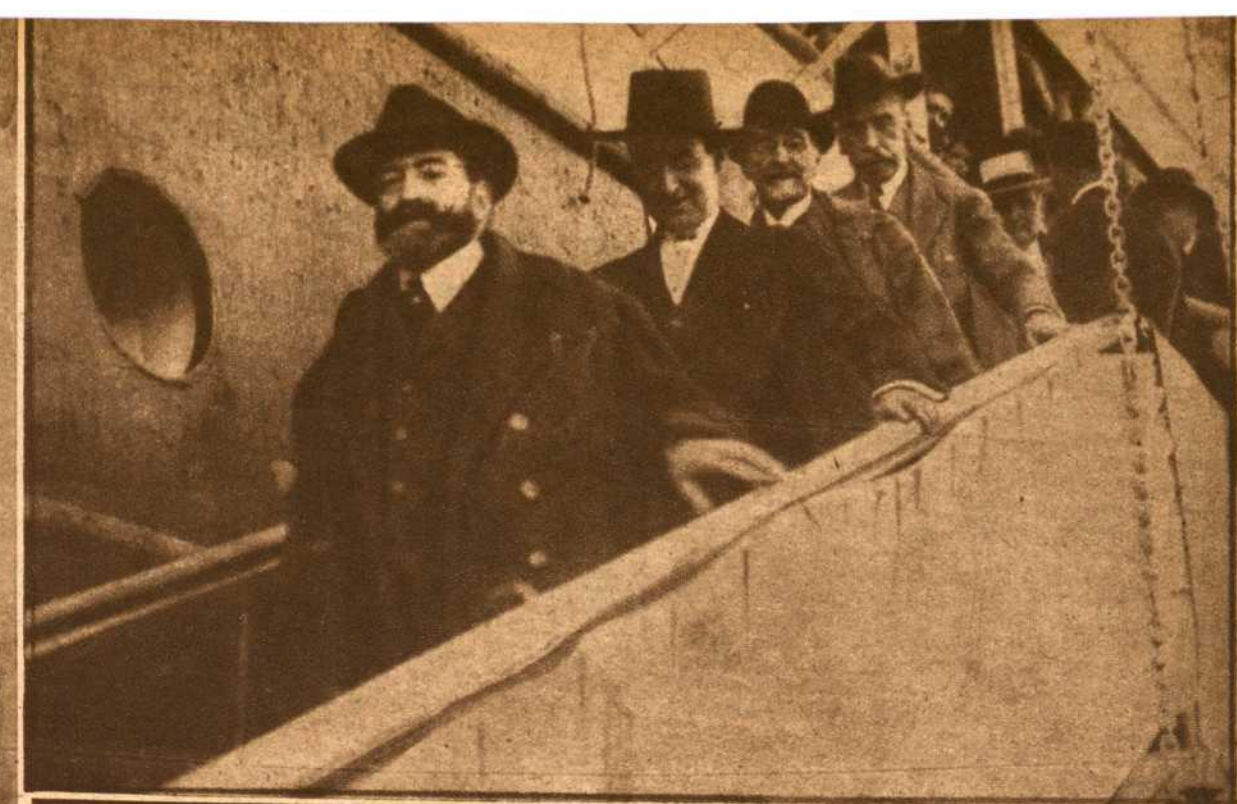
Ya la primera vez que le vi era un hombre más de la calle, un hombre cualquiera, decentemente vestido como cualquiera que vistiese con decoro, con su ocr-bata y su cuello blarado como un señorito deportista, aunque no tenía cuerpo de atleta; tocado con un fieltro

blando, chiquitín y a la moda, y en invierno, con un gabán de oficinista en cuyos bolsillos solía llevar metidas las manos, e n-guantadas con un aire aristocrático y friolero. Más parecía él un fin de raza que Joselito, y yo al verle desganado, desma-dejado, prognato y temblón, pensé en

un rey de incógnito, enfermizo y nostálgico, que se estuviera muriendo de frío en el destierro. No, aquel hombre no podría torear bien sino porque se obrase en él ante los toros un milagro de transfiguración. Mientras Joselito sólo hablaba de toros, Belmonte hablaba de muchas cosas, y había lanzado hasta una barata reflexión filosófica, «la vida es efímera», que sus amigos y admiradores repetían como una sentencia.

Y sus amigos y admiradores no eran de los llamados «taurinos», sino gente de alto copete intelectual, que me atrevo a decir que antes de la aparición de Belmonte habían ido muy poco a los toros.

Sus grandes panegiristas se llamaron, y tres de ellos se llaman todavía, y así Dios lo quiera mucho tiempo, el escultor Sebastián Miranda, y los escritores don Ramón Pérez de Ayala, don José Ortega y Gasset y don Ramón María del Valle Inclán. El gran don Ramón de las barbas de Juanito, con un aire paternal, como si lo pusiera bajo la sombra protectora de sus negras barbas, y describía todas las faenas de Belmonte, hasta las que no había visto, accionando, to-reando de salón con el único brazo que le quedaba, el brazo de su prosa y su verso de maravilla, con gran lujo de pormenores, c o n exactitud irre-



En Cádiz desembarca de uno de sus viajes a América. A esperarlo acudió el crítico taurino, famoso en aquella época, «Don Pio», que aparece en primer término

CAPITULO X

CONTINÚAN estos apuntes biográficos que van siendo cada vez menos biografía. Habré de volver sobre ello; pero ahora no se trata de la ordenación cronológica de los hechos de la vida de Joselito, con pormenores menudos y cotidianos y con anécdotas pintorescas, sino de una breve apreciación sintética de la importancia y del significado de su arte, comparándolo, porque no puede hacerse de otra manera, y fundiéndolo, porque así fué la verdad, con el arte del que fué su rival y compañero y llenó con él la época acaso más brillante del toreo de todos los tiempos.

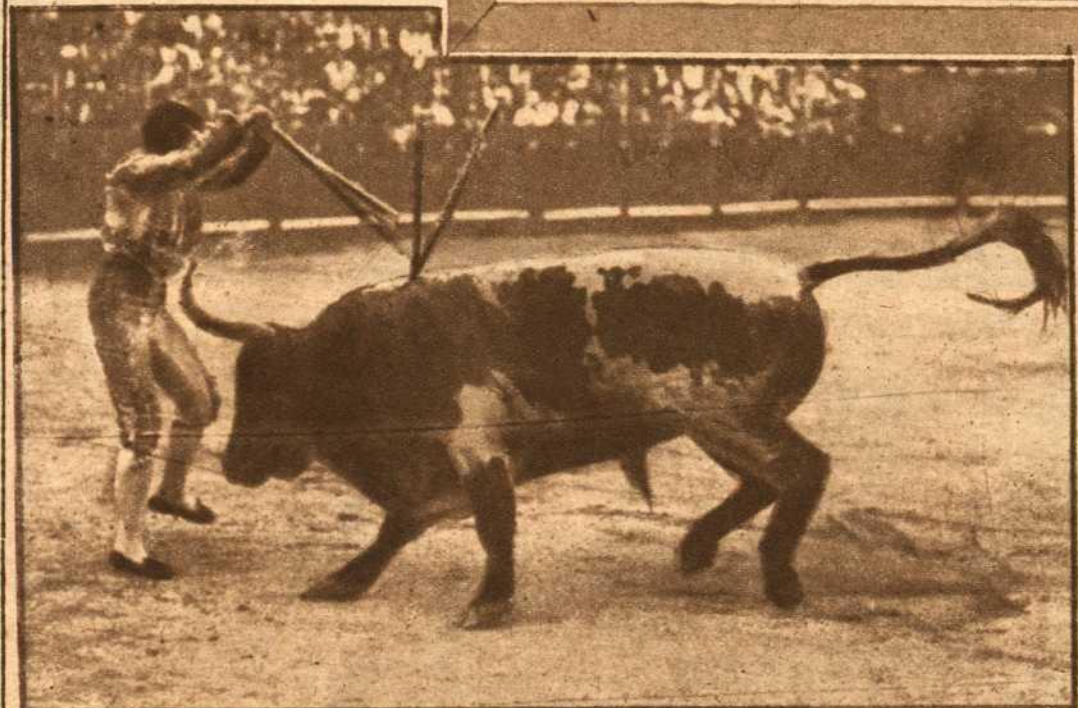
Cuando empezaron a mostrarse juntos, José y Juan eran absolutamente distintos el uno del otro. Hasta en su vida y su aspecto fuera del coso taurino. José conservaba el indumento característicos y tradicional del lidiador de reses bravas, y un aire campero de señorito andaluz, que no quería ser señorito cosmopolita y no cambiaba su garrocha de vaquero por la cayada de «Malaca» de una tienda de modas inglesa. Si usó alguna vez bastón sería una fina caña india, con un puño largo, sin curva, de plata o de marfil, que pudiera compadecerse con el traje de la jerezana, al cual sólo le faltaban las polainas, el trabuco y la manta. Y a quien lo llevaba, también las patillas de boca de hacha en el rostro pueril. Por lo demás, la chaquetilla corta de terciopelo, la pechera rizada y brillantada, y el calañés redondo, según los llevaron Manuel Domínguez y Antonio Sánchez el Tato, y al aire la coleta trenzada, dibujándole un arco movable en la nuca, metida la punta por detrás de la tirilla del camisolín. Para que se supiera en todas partes que se trataba de un torero. Sólo con ese indumento un poco antiguo, llevaba muy de tarde en tarde, el bastoncito frágil, como el vago recuerdo de una rama de escamujo campeño o como la varita con que acompañan, batiendo en el borde de la silla donde se sientan, el difícil compás de la soleá los buenos cantaores. Mas José no cantaba ni era hombre de juerga. Le gustaban las coplas y las danzas de su tierra; pero no quería ser gitano ni flamenco. Y era, sin embargo, torero, ¡demasiado torero! Tanto, que cuando ves-



El diestro sevillano viendo caer a uno de sus toros de la Feria valenciana. Magnífica estocada que le proporcionó un gran triunfo

tía modernamente seguía siendo un torero del día; es decir, de los días de su padre, anterior al frac de don Luis Mazzantini y al frégoli y los plastrones de Antonio Fuentes. El, no; el pantalón de talle y el sombrero ancho —en-tonces oculta la coleta— y la camisa de chorreras con los cuatro botones de dos pasadores en el cuello. La misma porfia de Rafael Guerra Guerrita —torero en el aspecto hasta cuando ya no lo era— que con setenta años a cuestas aún se paseaba por la calle de Goudomar jacarandoso y ágil como un chaval y erguido y flexible como un junco de ribera. Porque Guerrita sólo tuvo arrugas en la cara, y se murió sin haberse anudado jamás al cuello más corbatín que el del traje de faena. Todo ello tenía un significado: quería decir que José era el resucitador y el conservador de todo el toreo que había sido, de toda una manera de ser torero, que amenazó con desaparecer para siempre cuando se fué de los ruedos el segundo califa taurómico de los cordobeses.

Juan Belmonte, por el contrario, sólo parecía torero delante del toro, porque no le importaba la tradición. Pero, ¿no le importaba de veras? ¿Acaso de su peón de confianza, el



Cerca de Madrid, con motivo de las Ferias de septiembre. Joselito actuó con éxito continuo. En la suerte de banderillas, aguantando enormemente, clava un par magnífico de ejecución

batible, tal como describía, cual si hubiera actuado en ellas, la batalla de Trafalgar y la de las Termópilas. Don Ramón llegó hasta a traer a cuento, para aplicarlo al arte de Juanito, una teoría del quietismo estético que había deducido, por caprichosa brujería de su cerebración, del quietismo místico y herético de Miguel de Molinos. Tengo para mí que Juanito, aunque muy agradecido, escuchaba todo aquello como quien oye llover; pero se iba haciendo don Juan e iba aprendiendo una vida que no era nada torera y que no le impidió ser un enorme torero. Joselito, en cambio, contaba entre sus corifeos enardecidos, a taurófilos empedernidos, que sabían un poco de toros —de toros nadie sab. más que un poco— y de nada más, y entre ellos, en calidad de óptimas personas, su administrador y consejero don Joaquín Menchero, el famoso Alfombriero, y el novelador y resañador taurómico Alejandro Pérez Lugín, «Don Pio», que había trasladado al benjamín de los Gallos su admiración por el primogénito Rafael, y describía y exaltaba su toreo con sólo dos grandes frases lapidarias: «¡Kikiriki!» y «eh, Car-balleira!» Joselito y Belmonte, por sí mismos y por sus relaciones, eran, pues, dos polos opues-

En la Plaza de Sevilla, durante uno de los resonantes triunfos, Joselito inicia la faena rodilla en tierra



tos. Pero el tiempo hizo después lo suyo. En las fiestas camperas de Andalucía reuníase mucha gente aristocrática, y algunas marquesas dieron a besar su mano a José.

El cuñado de Joselito, Ignacio Sánchez Mejías, que era hijo de médico y no de torero, no consiguió todavía llevarle a José una corbata; pero le llevó a José Bergamín, que era literato moderno, y a otros poetas modernistas, y José, por su parte, aficionado al teatro, trabó amistad con doña Margarita Xirgu y acabó aplaudiendo muchas veces, metido en la concha del apuntador, los versos de *La figlia di Jorio*, de D'Annunzio, que quien esto escribe había traducido con buena voluntad y cuidado al español. Todo ello iba prendiendo unas alas en los hombros de aquel torero tan torero y tan de la tierra, de tal suerte, que, en sus últimos años, Joselito soñaba casarse con una señorita de muy linajada familia y hasta acaso, para el día lejano en que se retirase de los toros, con ser por lo menos alcalde de Sevilla. Por otro lado, los triunfos de Belmonte, que eran triunfos toreros, hicieron que se prendieran de sus alas los flamencos, los aficionados castizos, que tiraron de él, y Julio Romero de Torres lo pintó con el torso desnudo, como un gladiador, pero con cara de cañao flamenco, moreno como una aceituna y con un torero capote de paseo sobre los hombros. Allí por el año de 1919, Belmonte gustaba marsellés, botos y zahones camperos, montaba a caballo como un profesor de equitación, reje-neaba en las plazas, en festejos de gala, derribaba en el campo en collar, a la fal-sa y de violín, y doblaba el centauro de José.

Y José, el día de su único viaje a América, de luto por la muerte de su madre, vestido con una americana larga y con un pantalón inglés, bien planchados los pernils, y gastando cuello duro y corbata, les decía adiós a sus amigos agitando en el aire un sombrero de fieltro, como el de Belmonte, desde la borda del trasatlántico. Se habían influido recíprocamente; se habían fundido. ¿En el toreo también? ¡Claro está! Y *ahora lo veremos*, como dijo Agrajes; es decir, lo veremos en el próximo capítulo.



CUANDO Alaminos, el tan injustamente olvidado pintor y dibujante español, viene al mundo en Baeza, se inicia la segunda mitad del siglo XIX. Aquella explosión delirante del Romanticismo, aquella fiebre enervada de un sentimiento decadente,

aquel aplanamiento voluntario y masoquista ante el amor por encima de todo, empieza ya afortunadamente a desvanecerse, a debilitarse por la propia fuerza de la razón, que hace ver lo baldío y estéril, lo enfermizo de ciertos apasionamientos. Triunfa el cerebro sobre el corazón, y sin que el hombre pierda lógicamente el sentimiento, su carácter se impone logrando aplacar los ímpetus, casi diríamos irracionales, de un morbosos temperamento. La tuberculosis es un lujo de que alardean los románticos: la pistola, el fin de una aventura de amor frustrada. Se explota la nota sensiblera y aflictiva en la literatura, en la poética y en la pintura... Con este bagaje, el Romanticismo camina sembrando tragedias íntimas y familiares por Europa. Se hace preciso, por tanto, renovar la atmósfera, que el oxígeno de un concepto cristiano, puro y heroico de la vida virilice las generaciones futuras. Mas toda transformación es inútil esperarla, para que dé resultados positivos, en una operación tajante y decisiva. Se precisa que el cambio se lleve a efecto lenta y paulatinamente. De esa manera, poco a poco, la renovación de la atmósfera española se fué llevando insensiblemente a efecto. En la segunda mitad del siglo XIX, ya el Romanticismo puede decirse que va quedando reducido a las formas externas, cortesanas y ceremoniosas, educativas y de principios que habían caracterizado de galantes a los siglos anteriores. Cuando Juan Alaminos ve el mundo por primera vez allá en tierras de la vieja Extremadura, en el ambiente nacional se está operando la evolución. Se viven los años transitivos de una fase a otra, de dos épocas. Es decir, el aire de una

EL ARTE Y LOS TOROS

LAS PINTURAS llenas de movilidad de JUAN ALAMINOS

Por **MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS**

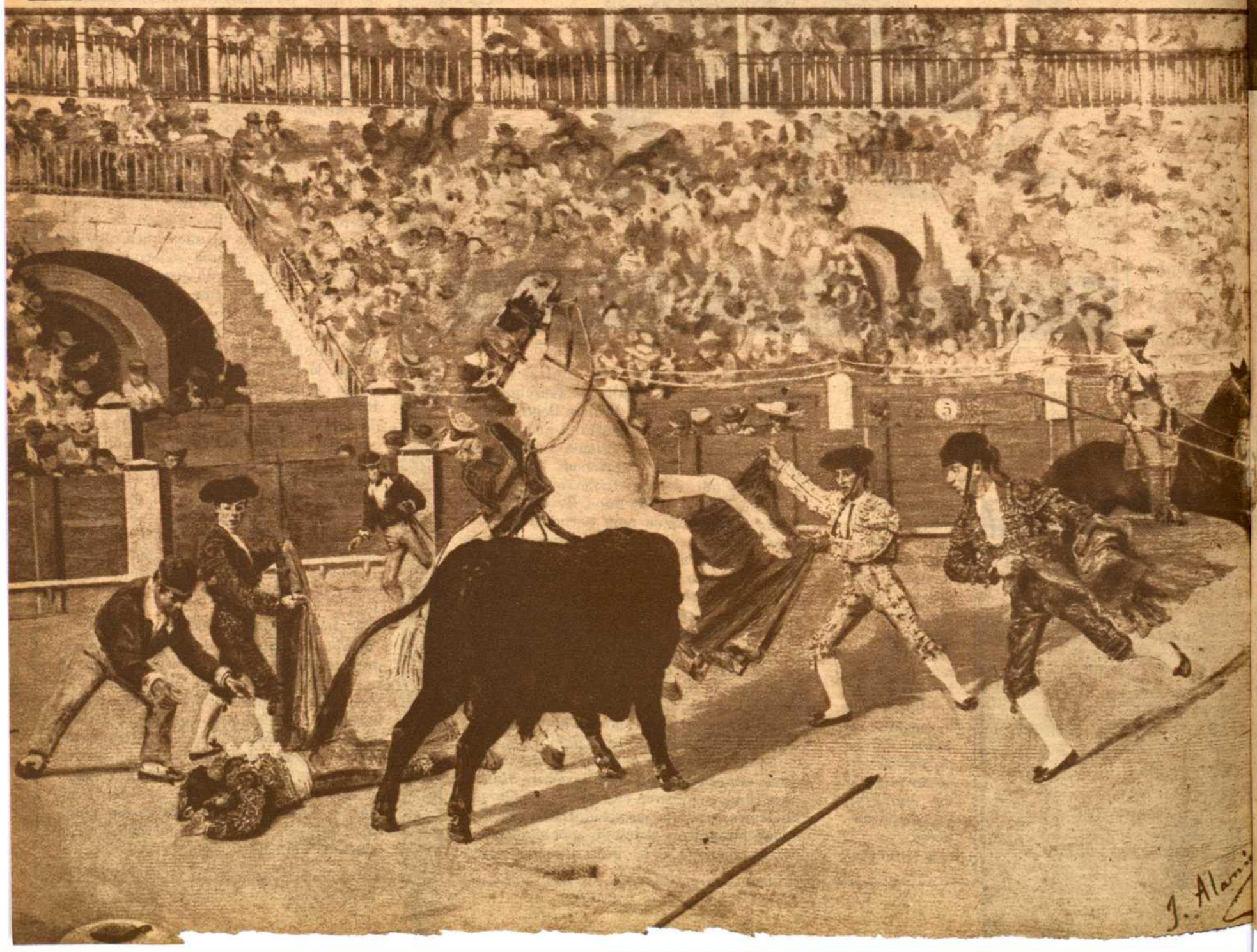
Europa que empieza a ver claro, tonifica nuestros pulmones y nuestro corazón, oprimidos por el ahogo enfermizo y mortal de las costumbres. Alaminos viene a ser en el arte como uno de los puentes que unieron el pasado con el presente, el lazo que une dos épocas. La pintura, que inicia su declive tras la muerte de don Francisco de Goya y Lucientes, intenta sobreponerse a la hecatombe, que tratan de evitar no pocos artistas de reconocida valía. Alaminos, que siente la fiebre creadora de un arte tan vario y llamativo como el de la pintura, viene a Madrid, y en la Escuela Superior de pintura transforma en técnica lo que sólo era instinto y vocación. A su devota preferencia se une ahora el conocimiento del dibujo, de las formas y de anatomía, del color, de las gamas y combinaciones. El precisa luz y movimiento. Opina que la pintura es la belleza y la realidad trasplantada al lienzo y a él lleva, con su arte peculiar y característico, la movilidad en las figuras, la vida en sí,

a la que rodea de luz y sentimiento expresivo. Con todas las enseñanzas recibidas, y con la gran afición nativa, dáse a dibujar. Corren los tiempos del periódico satírico, de la revista popular, de gran difusión, y Alaminos, que no le importa la lucha en su carrera de arte, brujulea por las redacciones de periódicos en busca de espacio para sus dibujos. «El gorro frigio», «La vida madrileña» y «La flaca» le ofrecen sus columnas, y la firma de Alaminos se divulga y populariza. No deja de comprender el artista que nos ocupa que el dibujo a dosis no es el mejor medio para conseguir un mediano prestigio, y acogiéndose a la variedad colorística de la paleta de pinturas realiza al óleo no pocas obras de mérito. Ha concurrido, en 1871, a la Exposición Nacional con un retrato de don Amadeo de Saboya, y dispuesto a continuar el camino emprendido mancha telas y más telas con un afán justísimo de independencia económica y nombradía.

«Episodio de Quijote», «Paisaje», «Costumbres populares», «Una cuadra», y sobre todo «Toro levantando un caballo» y «El cargamento de caballos muertos después de la corrida», le señalan como meritisimo pintor de temas taurinos. En el primero de ambos, que ilustra esta plana, puede observarse la verdad de lo que afirmamos al principio: luz y movilidad, expresión y dinamismo en la escena y en las figuras. Todo está real y hábilmente captado en este cuadro de Alaminos. El encantador ambiente de nuestra vieja Plaza de Madrid, los toreros al quite, el monosabio que acude presto a levantar al picador, el galope del caballo que huye y se prepara para castigar a la res. Todo le hace atractivo y agradable a este cuadro, lleno de sol y de luz, de esa luz característica madrileña, cuando todo parece que favorece y alienta nuestra flamante y vistosa, llamativa y emocional fiesta española.

Quede, pues, constancia en estas páginas de la obra y el arte personalísimo de Juan Alaminos, si no excelente, sí por lo menos lo suficiente destacado para que nosotros le rindamos un doble recuerdo: el que atañe a su arte y el que se refiere a su persona.

«Toro levantando un caballo», cuadro de Alaminos lleno de luz y movilidad que recoge una faceta de la fiesta en la vieja Plaza de Toros de Madrid



J. Alaminos

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

ENRIQUE RAMBAL

le daba la buena suerte en AMERICA a
RAFAEL «EL GALLO»

Ha llegado a suspender funciones para irse a los toros



ESTAMOS en el camerino del fantástico Rambal, este actor y, más que actor, audaz realizador de las más atrevidas y espectaculares concepciones escénicas. Rambal es la imaginación apresada en decorados y trucos. En el cine, su fantasía hubiera podido expansionarse en un campo ilimitado. Pero a Rambal le gusta más el teatro, este teatro que hace él y que tiene tantos puntos de contacto con el séptimo arte. Los problemas en este mundo, comprimido por las dimensiones del escenario, son mucho más difíciles. Sin embargo, él los resuelve todos a fuerza de ingenio y de estudio, y lo mismo es capaz de montar, con llamas y todo, el incendio de Roma, que una terrible tempestad, con rayos y truenos que sobrecojan a los espectadores.

Ahora, Rambal está aquí, frente a ese espejo de medio metro que tienen todos los cuartos de los actores, mirándose en él, mientras se va convirtiendo en el monstruoso Drácula, como si tal cosa, sin asustarse de sí mismo y encantado con la entrevista que celebra con nosotros; porque hablar de toros le gusta a Rambal tanto como el preparar una nueva obra, con recursos insospechados, con sorpresas emocionantes...

Ahora, Rambal está aquí, frente a ese espejo de medio metro que tienen todos los cuartos de los actores, mirándose en él, mientras se va convirtiendo en el monstruoso Drácula, como si tal cosa, sin asustarse de sí mismo y encantado con la entrevista que celebra con nosotros; porque hablar de toros le gusta a Rambal tanto como el preparar una nueva obra, con recursos insospechados, con sorpresas emocionantes...

El signo trágico de los Fabrilo

Rambal es valenciano. La primera corrida de su existencia la vió en Alcoy.

—Toreaban Fuentes y Mazzantini. Fuentes tuvo una tarde muy buena. Le hicieron dar la vuelta al ruedo en el último toro, y cuando recorría el anillo para corresponder a los aplausos de la multitud, le atropellaron las mulillas que arrastraban al astado con el que había obtenido el triunfo. Así son las cosas. Los toros no le hicieron nada; pero, en cambio, a última hora, le cogió una mula y fué a parar a la enfermería. ¿No es curioso?

—Ya lo creo. Como que debe ser un caso único.

—Después, en Gandía, vi una cogida del mayor de los Fabrilo, y no se me olvida la conmoción que produjo aquello. Los Fabrilo eran, como usted sabrá, dos toreros valencianos, de Ruzafa. A los dos los mató el toro. Al pequeño, que no llegó a tomar la alternativa, lo asesinó un toro, al año siguiente de la cogida mortal del mayor, en el mismo día, en la misma Plaza de Valencia, en el mismo sitio del redondel donde había sido cogido el mayor y llevando el mismo traje de luces que vistiera su hermano en la tarde de su tragedia.

—Sí. Fué toda una serie de coincidencias espeluznantes...

Cuando hubiera preferido ser torero

—Al que vi torear mucho en Valencia fué a Bienvenida, el padre. Tenía mucho cartel, y yo le admiraba mucho, porque era un torero largo, muy largo... Claro que al que más admiré yo en mi juventud fué a Belmonte y luego a Joselito; pero... más a Juan. Fuentes también me gustó mucho. No obstante, Juan..., ¡era mucho Terremoto! A mí me hubiera agradado entonces ser un torero como él. Me hubiera gustado incluso más que ser actor..., entonces. Hoy, ya, no. Prefiero ser actor a ser torero.

—Con tanta afición y entusiasmo es seguro que alguna vez se habrá usted puesto delante de un cornúpeto.

—Lo dejaremos en cornupetilla. He toreado, y aun lo hago siempre que se me presenta ocasión. En tientas de Salamanca he lidiado manoa mano con Villalta.

—¿Y en qué suerte se encuentra más seguro?

—En ninguna. Lo que sí tengo es una manera especial de torear, un estilo propio. Por ejemplo, si tengo frío, no me quito el abrigo.

Los toros en el teatro

—¿Ha "hecho" usted toros en el escenario?

—¡En el teatro hay que torear tanto, y a cuerpo limpio! De obras sólo hice una, en un acto. Era original de un periodista malagueño, y se titulaba "La faena de la tarde". En ella sacaba un traje de luces de Paco Madrid.

—Parecería usted Manolete.

—No tanto, no tanto, porque para mí Manolete es el mejor torero de todos los tiempos, por la estética, por la firmeza y por la seguridad de su toreo. Por la verdad de su muleta. La faena de muleta es lo que más me entusiasma de la fiesta, y si tiene el remate de una buena estocada, de una estocada de aquellas que daban Fortuna y Mazzantini, entonces ya es lo más que se puede pedir.

—¿No hay nada que le desagrade en el conjunto de la corrida?

—No. Es un conjunto en el que no encuentro un tono menor. Todo es emocionadamente bello. Lo único malo para mí es no encontrar transporte a la salida para llegar a tiempo al teatro.

Recuerdos de América

—¿Se ha dado el caso de que haya tenido que suspenderse una función por no haber llegado usted a tiempo desde la Plaza?

—Ese caso está por suceder todavía. Lo que sí he hecho es suspender funciones de



tarde por no perderme los toros. En América, siempre que había corrida, estando yo en Méjico o Bogotá, quitaba la primera función. Y es que cuando se está lejos de España es cuando más se desea nuestra fiesta. El público allí es más apasionado, más... contundente en sus manifestaciones de desagrado. Yo he visto algún redondel lleno de botellas. A Chicuelo, en cierta Plaza que no hace falta nombrar, le tiraron una botella cuando se perfilaba para matar, y le dieron en la mano que sostenía la espada.

La amistad con «el divino calvo»

—Según creo, es usted muy amigo del "divino calvo".

—Como que puedo decir que hasta le he servido de mascota. En Lima me pasé toda una temporada a su lado. El primer día que iba a torear fuí a verle al hotel; me dió un puro, y mientras él se iba vistiendo me dijo que me quitara la americana y me echara en la cama para estar más cómodo y descansado, mientras llegaba la hora de acompañarle en el coche a la Plaza. Lo hice así. Aquella tarde estuvo Rafael inmenso. Lo bueno es que al domingo siguiente me estuvo buscando, hasta que me encontró un mozo de estoques que tenía Rafael, y a quien llamábamos Bobito. Me dijo que el Gallo tenía necesidad de verme urgentemente, y al hotel fui. Se repitió la escena del domingo anterior: me dió un puro..., y me obligó a quitarme la chaqueta y recostarme en la cama. Total, que en todas las tardes que toreo tuve que hacer lo mismo, porque, según Rafael, le traía la suerte. Y, en efecto, aquella temporada en Lima fué muy brillante para él...

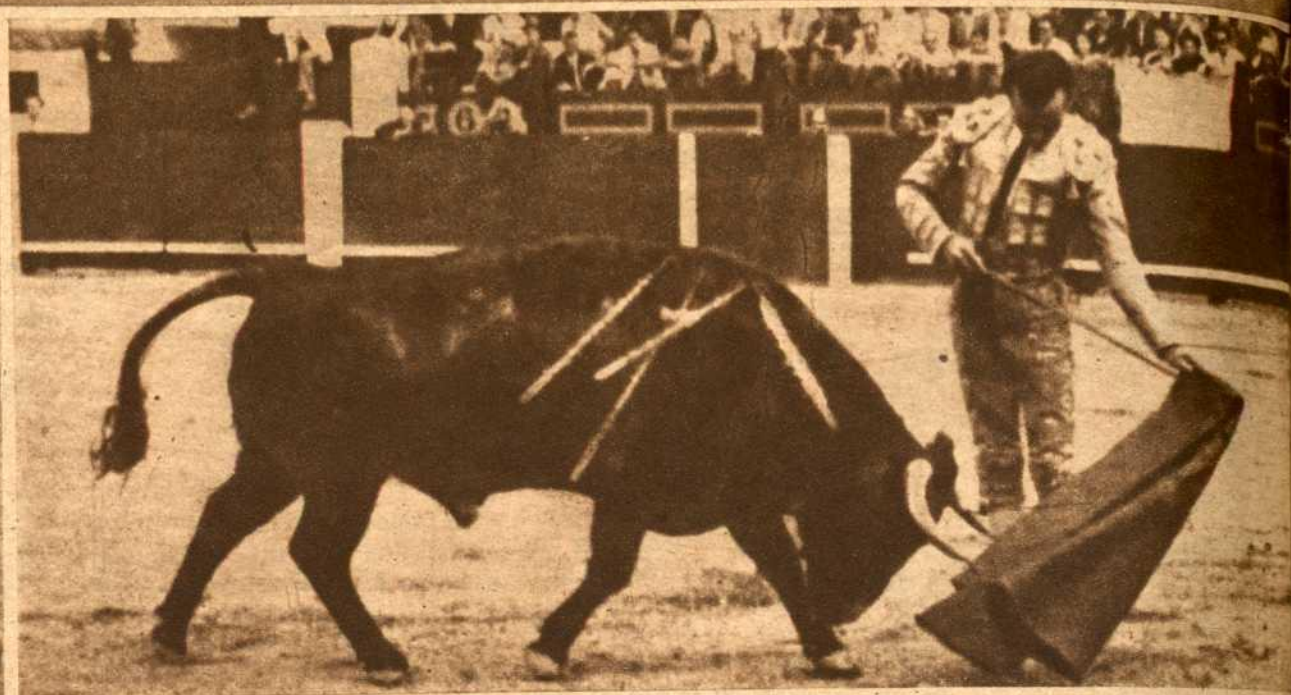
Y cuando nos tiende la mano, nos llevamos la impresión de este rostro, que dentro de unos segundos va a hacer en la escena su aparición espantable.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

INAUGURACION DE LA PLAZA DE LORCA



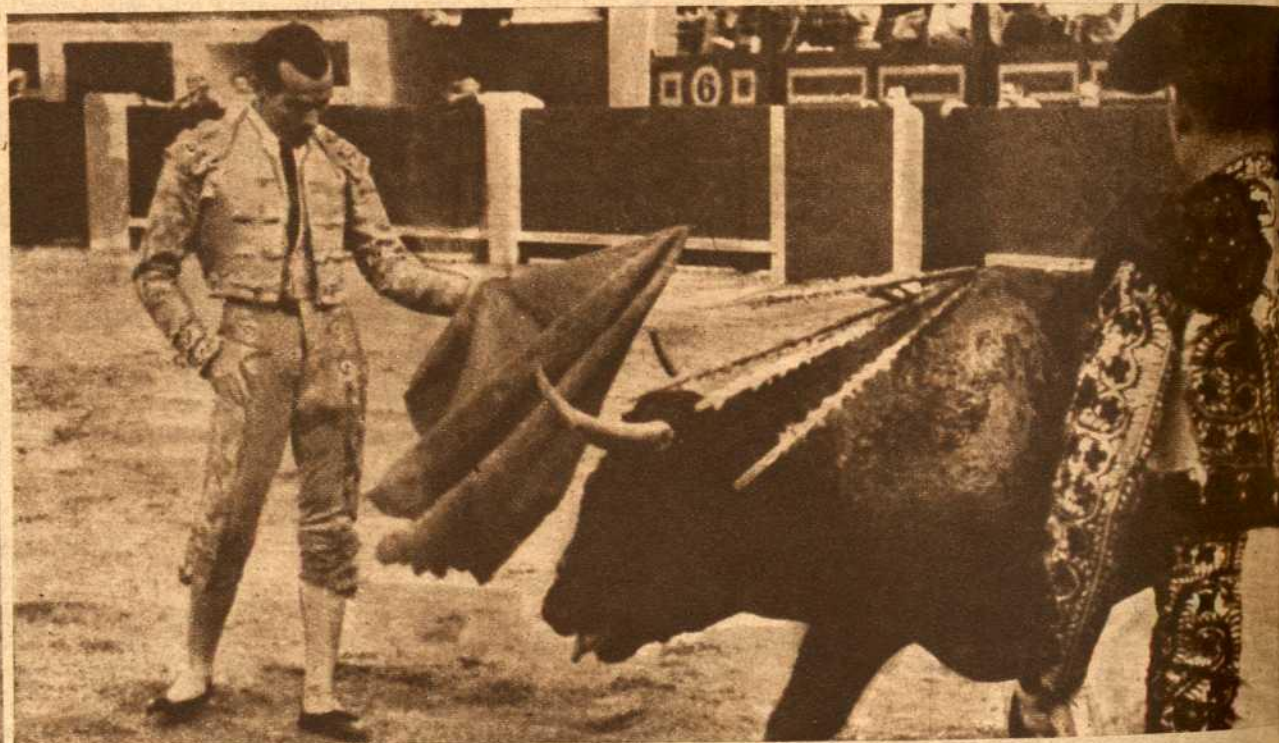
Domingo Ortega en un momento de la corrida celebrada para inaugurar la Plaza de Lorca



Un pase natural de Domingo Ortega a su primer toro, en el que realizó una gran faena



El torero de Borox, con las orejas y rabo cortados a su primer enemigo



El toledano ve morir a su primer toro, al que cortó las orejas y el rabo



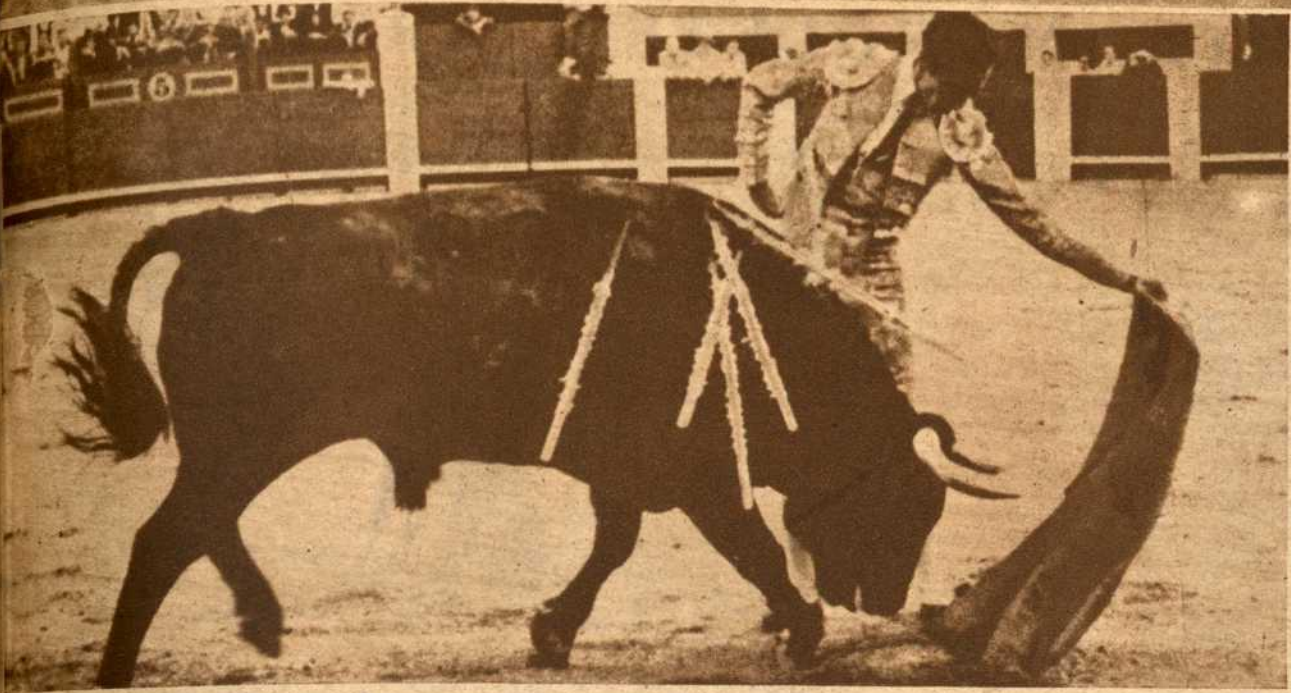
Pepín Martín Vázquez torea al natural en el toro del que cortó las orejas



Los tres matadores dispuestos para saltar al ruedo (Fotos López)

TOROS DEL CONDE DE LA CORTE

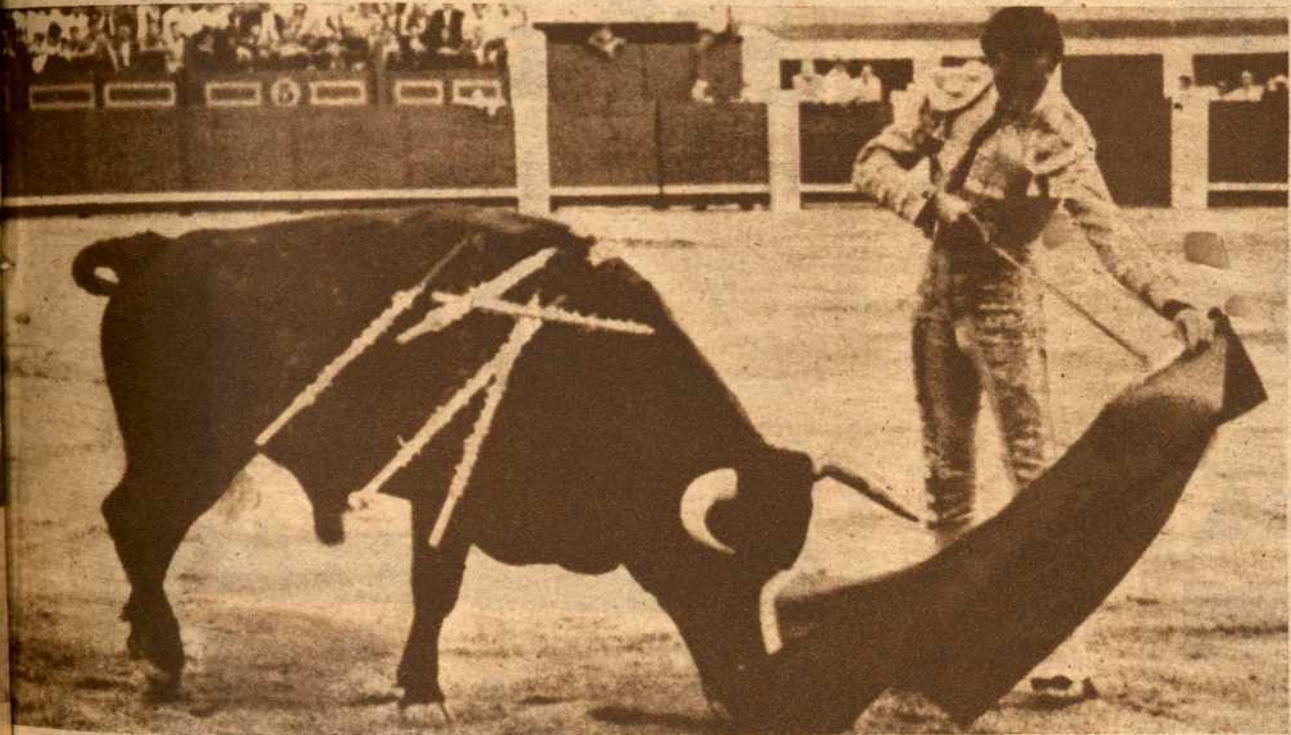
para Domingo Ortega, Luis Miguel Dominguín y Pepín Martín Vázquez



Luis Miguel, Dominguín, en un natural al toro del que cortó orejas y rabo



Luis Miguel, antes de salir al ruedo, charla con su hermano Pepe



Otro natural de la serie que instrumentó a su primero Luis Miguel, en el que alcanzó un gran éxito



Dominguín muestra al público las orejas y rabo que cortó a su primero



Luis Miguel recoge la montera a Lola Flores a la que brindó, junto con Manolo Caracol



Pepín empieza la faena de rodillas en su segundo, al que cortó las orejas y rabo

EL DOMINGO, EN SANTANDER

Toros de doña Carmen de Federico EL ESTUDIANTE, MANOLETE Y ARRUZA



En la Plaza de Santander, con un lleno total y gran expectación, se celebró el domingo la anunciada corrida en la que El Estudiante, Manolete y Arruza lidiaron reses de doña Carmen de Federico. La corrida justificó la expectación despertada, ya que los tres maestros cortaron orejas, dieron la vuelta al ruedo y escucharon ovaciones calurosas y prolongadas. Ayudó al éxito de la corrida la bravura de los toros, especialmente cuatro de ellos, con casta y nobleza suficiente para hacer bravas peleas con los caballos y fáciles para los de a pie.

* * *

Los diestros aprovecharon estas buenas condiciones del ganado para dar a los aficionados santanderinos una gran tarde de toros. En la primera foto un soberbio par de banderillas del mejicano Arruza; después, Manolete en un magnífico natural y un gran pase en redondo; El Estudiante en su primer toro, al que cortó la oreja, y citando de rodillas a su segundo enemigo; Manolete en un estatuario en el toro que cortó las dos orejas, y Arruza en otros dos momentos de valor de los muchos que tuvo en la tarde y que le valieron también la oreja de su enemigo y el aplauso de los espectadores.

(Fotos Samot)





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

TRES TOREROS EN UN DESPACHO

A UN dejaba destellos por los ruidos el arte imponderable y alegre del Papa Negro, aunque llevaba en su cuerpo aquella cornada de caballo que hubo de darle en la Plaza madrileña un toro de Trespalacios. Era en los tiempos en que el fenómeno trianero excitaba a los públicos con su toreo desconocido, en el que las reglas, hasta aquel día inmutables, fueron desmoronándose, entre lances y pases de muleta, pisando un terreno imposible.

Ugo llegaba pletórico, si no de facultades, si de un arte insospechado, que azotaba con su potencia las pasiones, dándole impetu y solidez a la fiesta, y el otro empezaba a irse, sin marcharse, porque había de dejar una larga y prestigiosa herencia en manos de seis toreros de su nombre; pero aun le quedaban arrostos suficientes para lanzar al aire su capa creadora e improvisar lances y pases capaces de enriquecer por sí solos un tomo de tauromaquia.

Y helos aquí reunidos, por obra y gracia de la Asociación de Toreros. Ambos, en los puestos de la Directiva, gobiernan los destinos de la Entidad, dándole el uno el impetu de sus años mozos, el empuje arrollador del que llega, mientras el otro entrega la sabiduría de sus años, su experiencia y la sensatez de juicio del hombre que ya va madurando.

Están reunidos en torno a una mesa, ante el que era entonces abogado del Montepío, don Fernando Gultarte, los dos fenómenos —Manuel Mejías y Juan Belmonte— e Isidoro Martí Flores, que a pesar de su buen arte de torero no pudo escalar un puesto en el escalafón taurino, sin que se pueda saber a ciencia fija a qué fué ello debido. Valiente y pundonoroso como el que más conocedor de su profesión al dedillo, después de una excelente campaña novilleril, en la que era solici-

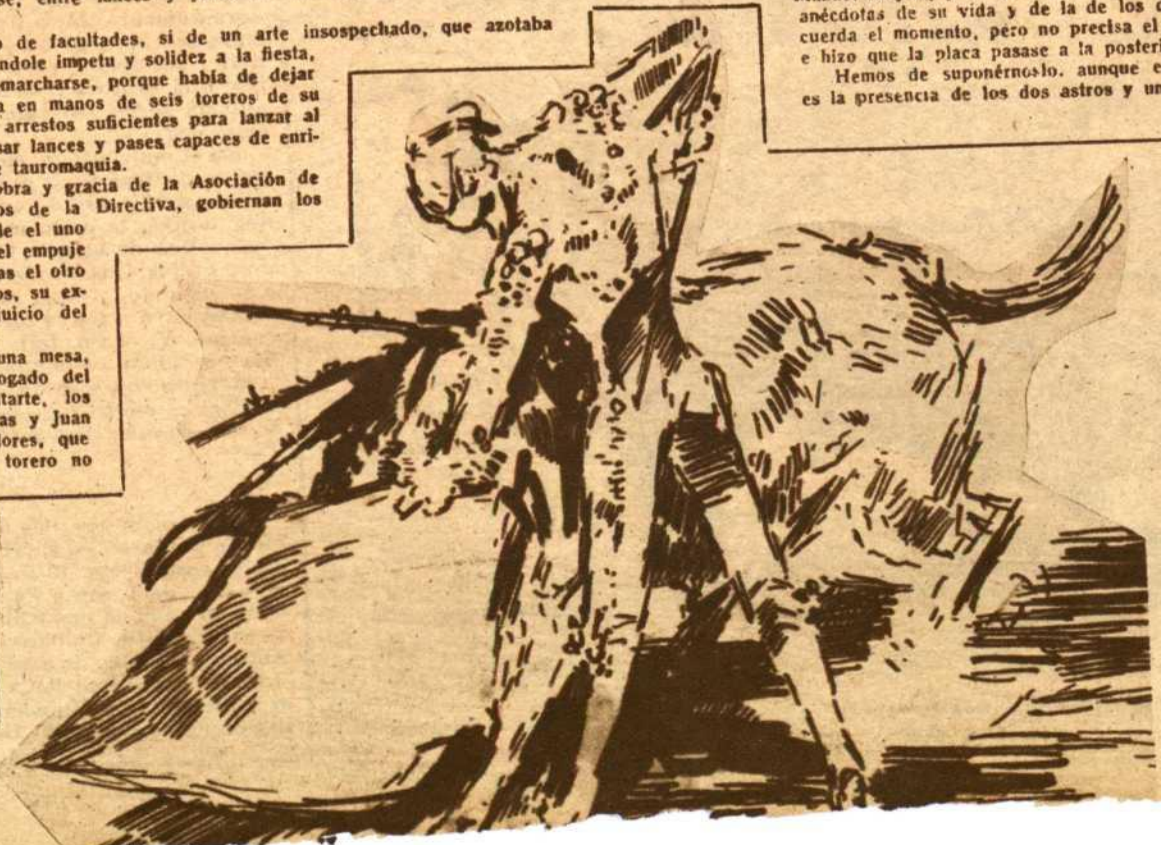
tado para todos los carteles, fué perdiéndose en el olvido de los públicos, que no supieron apreciar las excelentes cualidades del espada de Alfarrasi.

Pues bien: se han reunido los tres matadores con el abogado, y el trianero está echando su firma a un documento, mientras el fotógrafo miente fuegos artificiales con el magnesio; pero no hemos podido averiguar de qué se trata. Hemos preguntado a don Manuel Mejías, y su gran memoria, capaz de recordar anécdotas y más anécdotas de su vida y de la de los demás, esta vez el ha fallado. Recuerda el momento, pero no precisa el motivo que les unió aquella fecha e hizo que la placa pasase a la posteridad.

Hemos de suponerlo, aunque ello no importe demasiado, porque es la presencia de los dos astros y un satélite lo verdaderamente importante. El contraste entre esas tres vidas que todo lo tuvieron entre su estoque y su ruileta, y lo que al fin consiguieron.

Y aunque esto es lo que quizá no podamos saber nunca, lo que sí tendría extraordinaria importancia sería saber qué fué lo que les impulsó, cuál fué la fuerza, cuál la causa que les hizo quedarse, llegar y sobresalir, alcanzar la meta de sus ilusiones, preñada de vueltas al ruedo y enmarcada en ovaciones delirantes, o desempeñar ese pobre papel de acompañante en los carteles de menor cuantía.

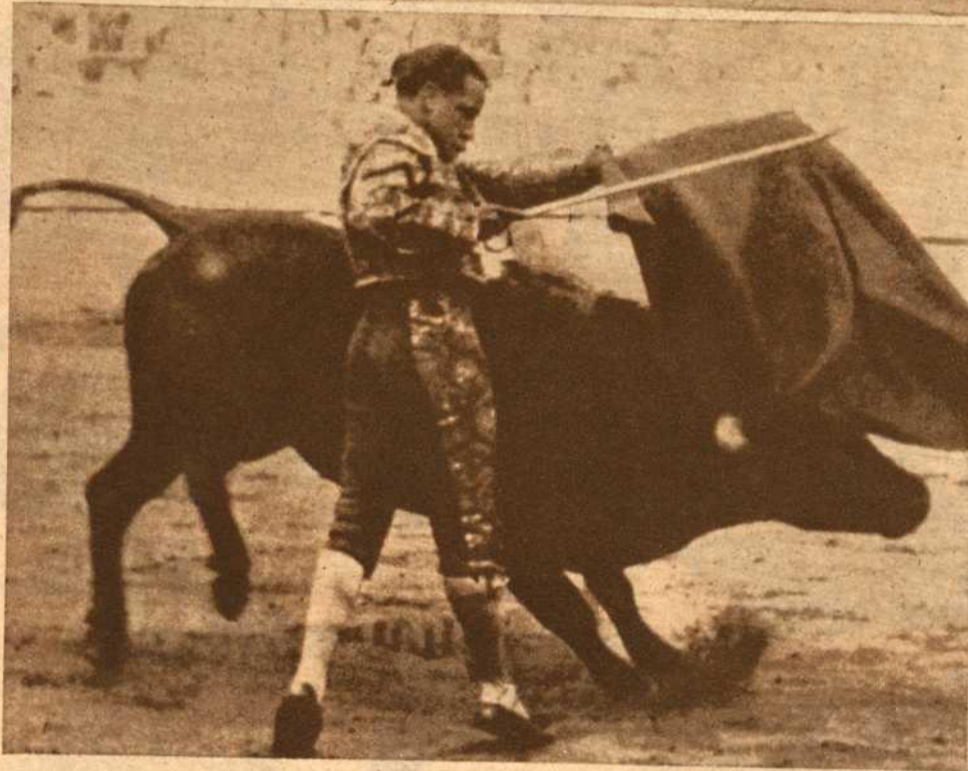
Eso es lo verdaderamente importante y lo que sobresale en esta foto, en la que el azar ha unido ante una firma tales nombres taurinos, que supieron del halago del público.



CUATRO EPISODIOS DE LA VIDA DE JUAN BELMONTE

CUANDO CON CUARENTA GRADOS DE FIEBRE TOREÓ UNA CORRIDA EN CORDOBA

BELMONTE y Joselito, cada uno con su peculiar estilo, consiguieron apasionar a los públicos taurinos de toda España. Con delirio, con una inusitada emoción, los días que toreaban estos fenómenos se iniciaba una verdadera manifestación de personas camino de la Plaza, que intuían las más extraordinarias faenas. La fiesta de toros vuelve nuevamente a todo su esplendor. Y toda la



Con este pase de pecho solía rematar Juan Belmonte los naturales. Observen que la muleta está prendida en el pitón contrario

España taurina — como la mejor demostración del renacer de la afición — se clasifica en dos bandos, que, con vehemencia, exalta cada uno a su ídolo. La pasión crece por momentos. Llega a tal extremo el entusiasmo popular por ver a sus diestros actuar en la arena, que la gente humilde, para no privarse de asistir a las corridas en que intervenían Belmonte y Joselito, empuñaba los colchones de su cama para poder adquirir una localidad.

¡Joselito! ¡Belmonte! La afición nunca olvidará que a vosotros se debe el resurgir brioso de la fiesta más hermosa y espectacular que existe en el mundo.

Como recuerdo y homenaje de aquella inolvidable época del toreo, a continuación vamos a

reseñar cinco episodios de la vida de Juan Belmonte, poco conocidos del gran público taurófilo de hoy.

El 30 de septiembre de 1927 Juan tenía que torear en la Plaza de Córdoba. El desplazamiento de Madrid a la ciudad de la Mezquita lo hizo por carretera, en un magnífico coche. Le acompañaban un amigo y su mozo de estoques. En uno de los pueblos del trayecto pararon unos momentos para refrescar. Tomaron mariscos y cerveza. Reanudaron el viaje, pero al llegar a Córdoba, Belmonte y sus acompañantes estaban enfermos. Padecían una grave intoxicación

Al llegar a Nueva York fué recluído en el lazarcio del puerto



He aquí a Juan en su época de triunfos resonantes, cuando «volcaba» las Plazas de entusiasmo frenético

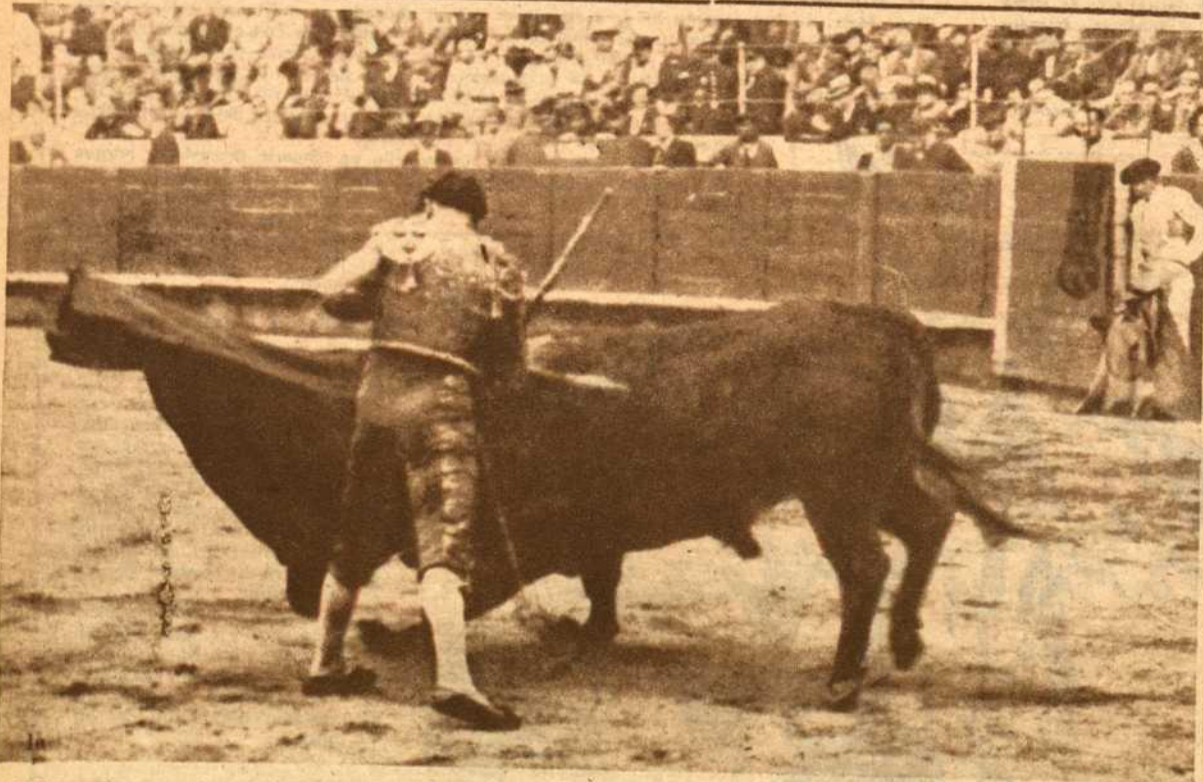
producida por las malas condiciones de los mariscos. El termómetro acusó que tenían fiebre, cerca de cuarenta grados. El amigo y el mozo de estoques hicieron cama seguidamente. Pero Juan, a pesar del dictamen del facultativo, se negó en absoluto a imitarles. El, con su genuino pundonor, no quería defraudar al público cordobés, que tanto entusiasmo había demostrado por verle aquella tarde. Ni tampoco perjudicar los intereses del empresario.

En el momento de comenzar la corrida Juan tenía una fiebre de treinta y nueve grados. Resistió firmemente. Al hacer el paseíllo, el público, sin percatarse del estado del diestro, le ovacionó calurosamente. Fué una tarde apoteósica de alegría torera. Palmas, sombreros al ruedo y orejas. Cuando de una certera media estocada mató a su segundo, y en el momento que se encaminaba a las tablas, cayó a tierra desvanecido. El esfuerzo había sido enorme. Y, al fin, falló su resistencia física. Pero él había cumplido su compromiso.

Siempre se habló de la carencia de facultades de Belmonte; es cierto que su organismo era enfermizo, pero en esta ocasión demostró que su naturaleza era de acero.

En los primeros días de noviembre de 1913, Juan Belmonte embarcó en El Havre con rumbo a la metrópoli de los rascacielos. El 9 del mismo mes tenía que torear, en unión de Vicente Pastor, en la Plaza de Méjico. Con el diestro iba su cuadrilla, formada por los banderilleros Pinturas, Vito, Calderón y Pilín, el picador Céntimo y Antonio, el mozo de estoques.

Todo barco que llega a la gran ciudad neoyorquina es sometida su tripulación a una minuciosa y severísima inspección de sanidad. Uno por uno, todos los pasajeros



Otro muletazo característico del genial trianero. Toda la ventaja al toro: la muleta muerta y el corazón en su sitio

BELMONTE, EL "FENOMENO" DE TRIANA

Un coche blanco que se convirtió en un álbum de autógrafos

son reconocidos, y aquél que acuse el más ligero síntoma de enfermedad infecciosa no se le autoriza a entrar en la ciudad, quedando temporalmente recluido en el lazareto instalado en una pequeña isla cerca del puerto, y si el enfermo no cura pronto, se le devuelve al lugar de procedencia.

Belmonte y su mozo de estoques fueron obligados a hospitalizarse en el lazareto por creer el médico inspector que padecían tifoideas. Afortunadamente no se confirmó este diagnóstico. En Juan no era más que unos trastornos de hígado, motivado por los reiterados mareos que sufrió durante la travesía, y en Antonio una infección gástrica de más importancia.

Juan se desesperaba en aquella isla, pues la fecha de la corrida se acercaba, y de seguir así la perdería irremisiblemente.

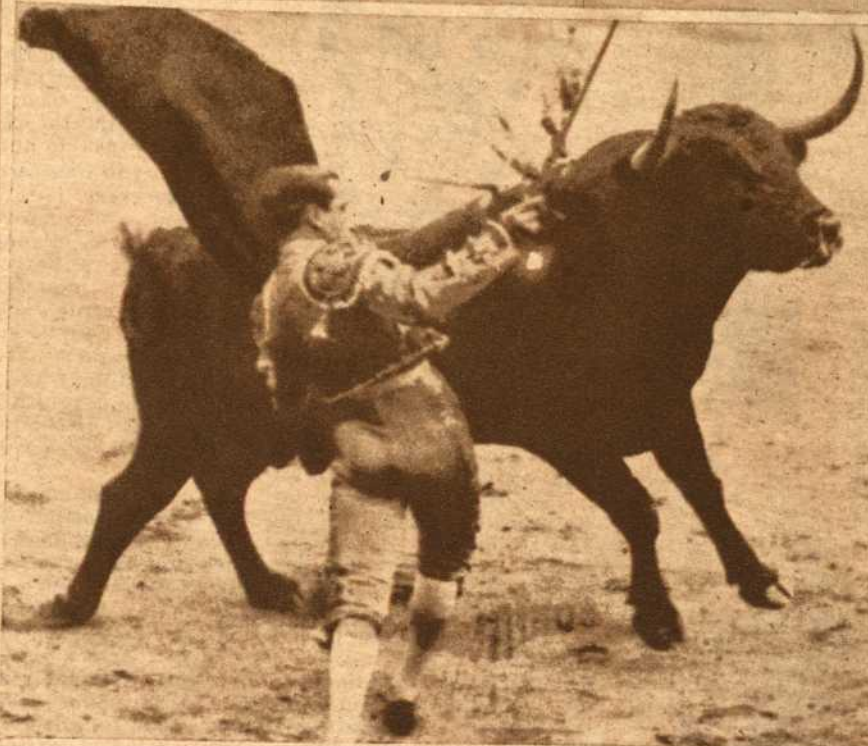
Por fin, después de una odisea indescriptible, logró llegar a la capital azteca unos minutos antes de la hora anunciada para dar comienzo a la corrida.

Cuando terminó las corridas de su primer contrato en Méjico, encontrándose con dinero abundante, pudo realizar, al fin, una de las ilusiones de su vida: poseer un gran coche pintado de blanco. El automóvil de Belmonte consiguió una popularidad tan grande como la de su propietario. Su aibura llamaba la atención de los transeúntes. Y como entonces era desbordante la pasión que una gran parte de los aficionados tenían puesta en el arte del diestro, para exteriorizarla de una forma nueva y expresiva, se le ocurrió a uno de ellos escribir con un carboncillo en la carrocería, impecablemente limpia, una frase admirativa acompañada de la firma y de la fecha. A los pocos días, el coche, que tan orgulloso se



Este es el Belmonte contemporáneo. Piel curtida por los vientos y los soles, gesto de hombre que ya descansa a la sombra de los recuerdos de otros tiempos

EN SU SEGUNDO VIAJE A NUEVA YORK HACE AMISTAD CON RODOLFO VALENTINO



A este toro —TORO, con mayúsculas— con dos pitones pavorosos se lo ha pasado el trianero por delante, un poco forzosamente, pero sin retrocesos

mostraba su dueño de presentarlo tan blanco, aparecía con centenares de firmas de espontáneos admiradores. Como ya, más que un automóvil, parecía un ambulante álbum de autógrafos, el diestro se vió obligado, en contra de su voluntad, a pintarlo nuevamente, pero de un color oscuro.

Desde sus tiempos de novillero, Juan siente una afición incontenible, una verdadera ansia por ilustrarse, con el secreto anhelo de hacerse un hombre culto. El no ignora que los mejores elementos para conseguirlo es rodearse de seleccionar amistades, leer mucho y viajar por el Ex-

tranjero. Y, en efecto, su programa cultural lo cumplió fielmente. Sus mejores amigos eran escritores, periodistas, pintores, músicos, escultores y caricaturistas. Leía sin cesar; todas las obras de interés que se publicaban las adquiría, llegando a formar una selecta biblioteca. Y, por último, esperaba tener la ocasión de hacer un viaje por el mundo, especialmente por los Estados Unidos.

Y como todo llega en este mundo, Belmonte pudo realizar su deseo en el año 1922.

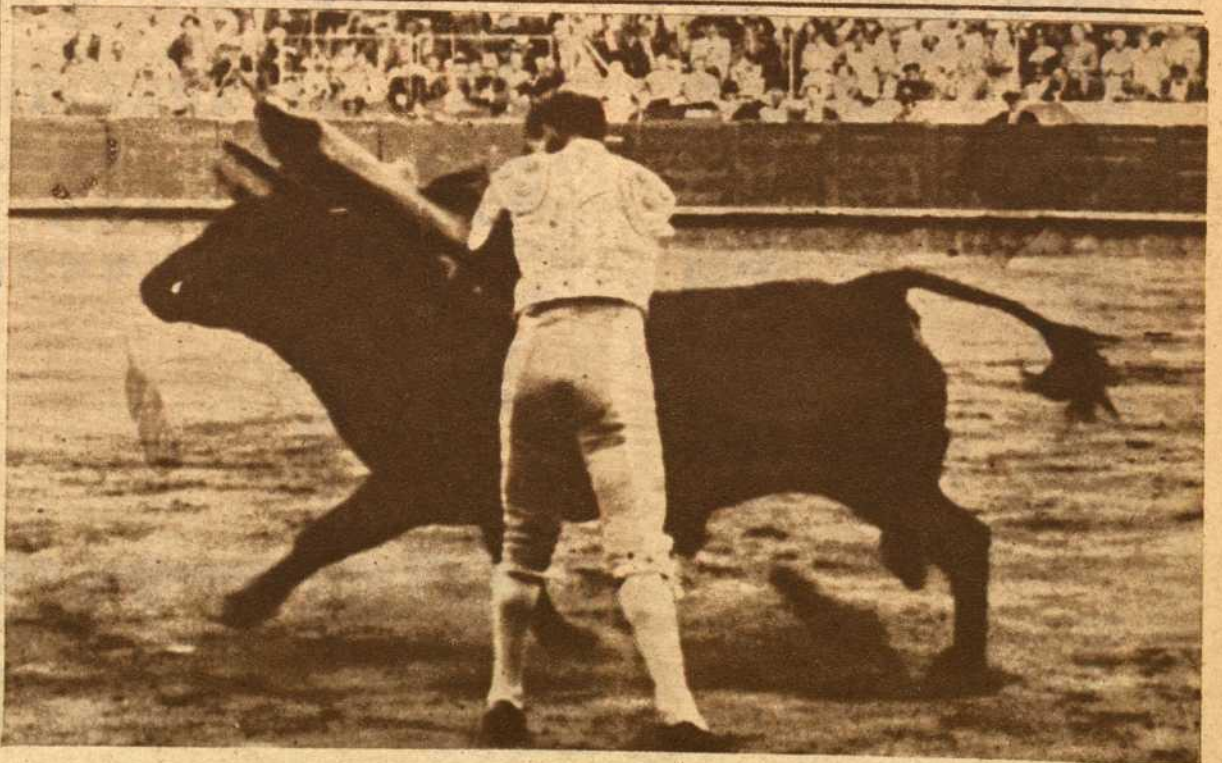
Estando en Nueva York, en el momento que almorzaba en su hotel, le entregan un cablegrama de Los Angeles y lo firma Rodolfo Valentino.

¿Qué le decía a Belmonte? Pues sencillamente esto: que dentro de breves días

pasaría por Nueva York con el deseo expreso de conocerlo personalmente. A los seis días de la escena anterior, a la puerta del hotel donde se hospedaba Belmonte paraba un soberbio automóvil, de carrocería niquelada, conducido por un corpulento chófer de raza negra uniformado llamativamente. Valentino, como siempre, vestido con afectación y ademán amanerado, entró rápidamente en el hall para evitar ser reconocido por el público.

Y así, de esta forma, entablaron amistad Juan Belmonte y Rodolfo Valentino, dos hombres que, desde sus respectivos ámbitos artísticos, apasionaban con frenesí a millones y millones de espectadores.

MANUEL TOVAR



También los ayudados por alto de don Juan Belmonte tenían la inconfundible personalidad de un genio del toreo. La muleta llegará hasta la penca del rabo lenta, suave, mimosamente

DESPUES DE LA COGIDA

LORENZO GARZA HA ABANDONADO LA CLINICA



Lorenzo Garza abandona la clínica donde ha curado de la grave cornada que recibió en Barcelona, y acompañado de su esposa hace su primera visita a la Iglesia del Pino, en acción de gracias. (Fots. Valls)

EL PLANETA DE LOS TOROS

MIS AMIGOS LOS OTAMENDI

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



Se habla mucho ahora en el planeta de los toros de la poca influencia que ejercen sobre la fiesta los aficionados de verdad, aquellos que antes, agrupados en los tendidos 1 y 2 de la anterior Plaza madrileña, dirigían con su autoridad las corridas. Más que con aplausos y silbidos, y mucho menos con flamear de pañuelos, esta dirección se manifestaba con gritos; pero no gritos alocados, simples aullidos de aprobación y repulsa, sino palabras gritadas oportunamente, palabras que constituían una frase, corta, tajante, que encerraba toda una lección de toreo, unas veces de crítica y otras de aliento.

Recuerdo una tarde en la que un matador de tronío se perfiló en el pitón contrario para entrarle a matar a un toro con muchos pitones. Del 2 salió una voz que retumbó en toda la Plaza; la voz dijo: «¡A que no!» Y, efectivamente, el matador rectificó su postura, enfilando el pitón derecho del toro para salvarlo mejor alargando el brazo y echándose fuera. Aquellos tres monosílabos malograron un triunfo que ya tenía en la mano el torero, porque seguramente éste hubiera rectificado lo mismo sin el grito; pero la gente no se hubiera enterado.

Estos gritos ya no se oyen en la Plaza de las Ventas. No participo de la opinión de que su monumentalidad es la causa; aunque algo haya influido, me inclino más bien al desánimo del auténtico y antiguo aficionado ante el babear inconsciente de la multitud embelesada por un toreo que si en algún momento es bellamente plástico, carece de toda otra belleza y, sobre todo, está alejadísimo de las reglas eternas del toreo, sin las cuales ningún torero, lo adjetiven como lo adjetiven, convencerá ni casi agrada al antiguo y auténtico aficionado.

De éstos todavía quedan, por fortuna, muchos. Aun vemos en los tendidos al quizá más competente de todos ellos, don José Becerra, que fué íntimo amigo de aquel gran torero que se llamó Ricardo Torres (Bombita). Quédese para otro día el hablar de él y de otros cuya autorizada opinión se parece a las sentencias del Tribunal Supremo, es decir, en que sientan jurisprudencia. Hoy quiero hablar de cuatro hermanos a los que Madrid debe gran parte de este aire de gran población que de algunos años a esta parte ha adquirido: de los Otamendi, de don José María, de don Joaquín, don Miguel y don Julián. El nombre de Otamendi, tan preclaro e ilustre en ingeniería y arquitectura, es asimismo ilustre y preclaro en tauromaquia. Llevan muchos años sin perderse una corrida no sólo de Madrid, sino de las más importantes ferias provincianas; Sevilla, Pamplona, Valencia, San Sebastián, Bilbao, Salamanca y Valladolid, las ven los Otamendi desde su barrera. Juntos los cuatro hermanos siempre, en camaradería verdaderamente fraternal, asisten a la fiesta y la juzgan con un criterio nunca claudicante ni erróneo. Tal vez sea indiscreto; pero a través de este criterio, oído en muchas ocasiones, me parece, me parece, que los Otamendi son orteguistas. Pero adscritos o no al toreo de un determinado torero, los Otamendi, aunque ni ahora ni antes chillen en la Plaza, porque matemáticos de oficio son flemáticos y circunspectos, los Otamendi hablan de toros con una autoridad y una ponderación sólo comparable a la solidez del Metro y de los rascacielos de la avenida de Reina Victoria. Son cuatro pilares de la fiesta de toros. Son cuatro aficionados que empezaron a ver toros con Guerrita y no han dejado una sola oportunidad sin presenciarlos.

Mis buenos y admirados amigos don José María, don Joaquín, don Miguel, don Julián, aceptad que os ofrezca como ejemplo, que airee como un galardón de nuestra fiesta vuestra veterana afición y vuestra reconocida autoridad. Es evidente que los toros han tomado un rumbo peligroso, sin creer, naturalmente, que ello signifique peligro de muerte; pero sí desviado de la entraña de lo que la fiesta es, no en su desarrollo técnico, sino en su carácter de espectáculo. Los precios de las localidades han subido enormemente, atemperados a las exigencias de toreros y ganaderos, y así llevamos camino de que sólo puedan ir a los toros los hermanos Otamendi. Pero, claro, no todos somos capaces de construir el Metro de Madrid ni esas casitas que están haciendo en el último trozo de la Gran Vía madrileña.



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO JEREZ

UNA TARDE DE FIESTA Y DE ALEGRIA

ARRUZA TOREÓ EL SABADO EN TORREBLANCA A BENEFICIO DE LOS POBRES DEL PUEBLO



Un magnífico par del mejicano en el festival



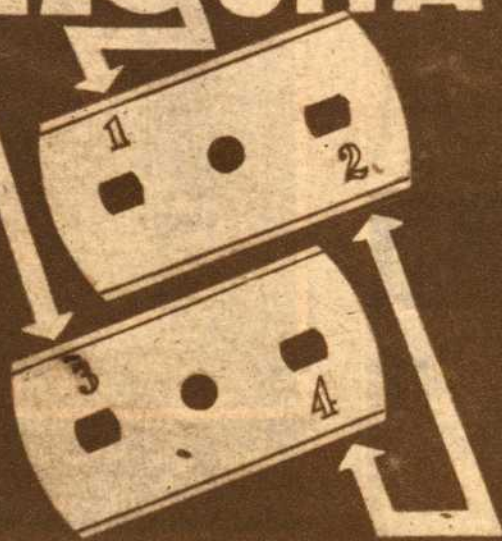
Arruza en un muletazo por alto



El mejicano sale en hombros del público

HOJA

MEZQUITA



DE FILO NUMERADO

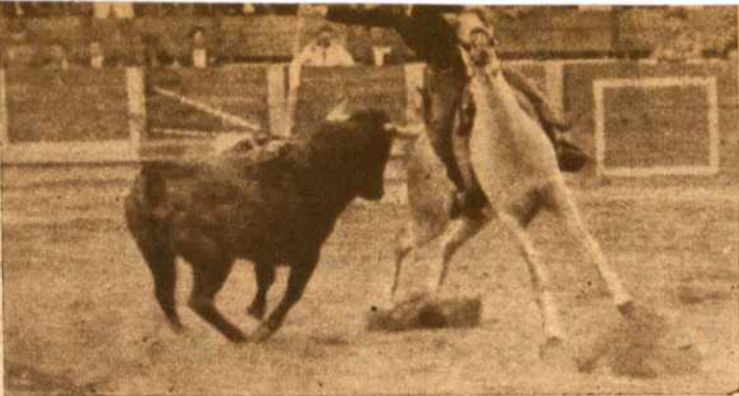


Arruza viste la clásica blusa de los campesinos valencianos, con algunos vecinos de Torreblanca, entre los que repartió la carne de los novillos lidiados

Arruza, con uno de los pobres entre los que hizo el donativo (Fots. Vidal)



Domecq clava un magnífico rejón en su magnífica actuación de Mérida



Un par de banderillas en todo lo alto del caballero jerezano a su toro



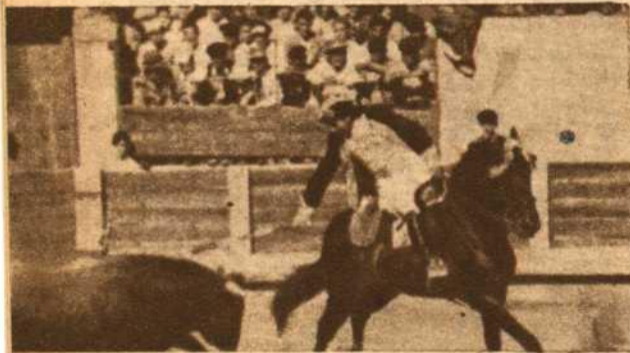
De a tierra, Domecq continuó la gran faena iniciada sobre el caballo



Un estupendo derechazo del jerezano en la faena en que cortó orejas

EL DOMINGO, EN MERIDA

TOROS DE CONCHA y SIERRA, para SIMAO DA VEIGA, ALVARO DOMEQ, CAÑITAS, ANDALUZ y PARRITA



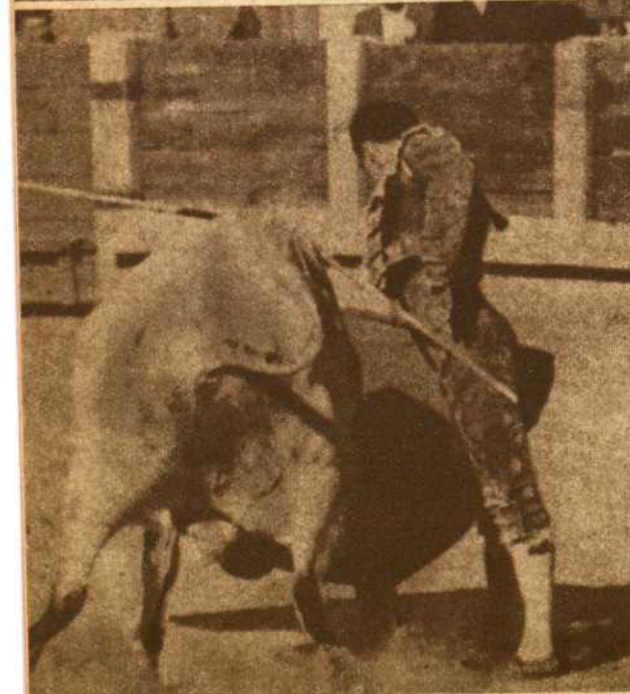
El portugués Simao da Veiga adornándose en su toro



Alvaro Domecq y Simao da Veiga saludan al público y dan la vuelta al ruedo

Cañitas en un derechazo a su primero

Parrita torea con la muleta mirando al público



Andaluz inició la faena con un gran pase por alto. — Abajo: Andaluz, Cañitas, Domecq y Parrita entre barrera (Fots. Mari)



Alvaro Domecq perfilándose para entrar a matar a su enemigo, en el que alcanzó un éxito extraordinario





ENRIQUE
SEGURA

Banderillas de fuego
Dibujo de Enrique Segura



Toreros célebres: Manuel Díaz, Lavi
(Dibujo de Enrique Segura.)